

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Oremos por los vivos

Brigitte acude a reunirse con Número Uno tras recibir una nota suya. Le han contratado unas personas que están reuniendo espías privados, pagándoles cien mil dólares a cada uno. El asunto parece estar relacionado con una granja experimental rodeada de alambradas electrificadas.



Lou Carrigan

Oremos por los vivos

Brigitte en acción - 179

ePub r1.2

Titivillus 27.05.2019

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Las olas tenían por lo menos dos metros de altura, y soplaba un viento frío y húmedo bajo el cielo gris rojizo, encapotado, deprimente… Toda la tristeza del mundo parecía haberse concentrado en aquel mar embravecido, casi negro con reflejos de sol poniente. El agua salpicaba por todas partes, parecía barrer la cubierta del vapor *King Viking* como si en lugar de alzarse del mar fuese una lluvia furiosa que llegase de todas partes.

Lo normal en pasajeros que hacían por primera vez el recorrido por mar entre Aberdeen, en Escocia, y las Islas Shetland, situadas a más de cien millas al Norte, era, por lo menos, impresionarse grandemente, si no asustarse. Contemplar aquel mar negro, violento, rezumante, bajo el cielo henchido de agua, estando en la cubierta del pequeño vapor que se zarandeaba, subía, bajaba, y hasta parecía saltar sobre las grandes olas tenebrosas, era capaz de dejar sin aliento a cualquiera no acostumbrado.

Por tanto, el capitán del *King Viking*, un escocés gigantesco, pelirrojo y pecoso, había tenido que llegar forzosamente a una conclusión doble respecto a la anciana dama que permanecía en cubierta, contemplando el terrible mar sombrío con una simple sonrisita de agrado: o bien la anciana dama tenía unas dotes marineras por completo sobresalientes y un corazón fuerte como una válvula de acero…, o bien, simplemente, la pobre señora era una inconsciente, una imprudente chiflada.

Lástima, si era esto último.

Mucha lástima, porque la dama era formidable.

Tenía los cabellos blancos; el arrugado rostro muy bello aún, pese a sus aparentes sesenta y tantos años, quizá setenta; sus ojos azules eran pasmosos, todavía brillantes, de mirada plácida y cordial; y todo su porte, sus modales, su modo de vestir, de hablar,

de moverse, no podían corresponder sino a una gran dama de la alta aristocracia.

Conclusión definitiva: sería muy triste que una dama tan encantadora fuese arrancada de cubierta por una ola perversa y llevada al fondo del mar.

Así que el capitán del *King Viking* abandonó la cubierta de mando, bajó la escalerilla hasta la cubierta de paseo y se acercó a la dama, teniendo buen cuidado de sujetarse en todo momento al pasamanos. Cuando llegó junto a ella, sonrió, se tocó la visera de la gorra con dos dedos y saludó:

—¿Me permite, *madame*?

La anciana dejó de contemplar el mar para dirigir una de aquellas sorprendentes miradas, tan plácidas y serenas, al capitán.

—*Oui, monsieur le capitain?*

—Excúseme… —Amplió su sonrisa el capitán, hablando también en francés—. Me permito recomendarle que abandone la cubierta, *madame*. Es peligroso permanecer aquí.

—Oh.

—Le aseguro que lo hago exclusivamente por su bien.

—*Mais naturellement…*! —exclamó la dama—. Pero es que me gusta tanto el mar… ¿Sabía usted, capitán, que una vez fui gaviota?

El capitán se quedó atónito un instante. Luego rompió a reír, francamente divertido.

—Bueno, *madame*… —admitió de excelente humor—. Debió ser formidable. Sin embargo, obviamente, ahora no es usted gaviota.

—Me parece que no me cree usted, *monsieur le capitain*. Pero le aseguro que es cierto. Fui una gaviota… Y estuve volando, volando, volando, siempre por encima del mar, de todos los mares… Y veía todas las playas y todos los continentes. Una bruja me echó una maldición, convirtiéndome en gaviota. Lo que no sabía ella es que, para mí, ser gaviota no era tal maldición, sino todo lo contrario. ¿Se imagina usted, *mon capitain*? Volar, volar siempre, bajo el cielo azul de los trópicos, contemplando todas las playas con palmeras del mundo, las azules bahías, los largos arrecifes de coral… Fue una verdadera lástima que la bruja decidiese quitarme el hechizo.

—Ciertamente… —volvió a reír el capitán—. A decir verdad, yo también he deseado algunas veces ser una gaviota.

—¿De veras? En ese caso, quizá le gustaría a usted que yo

escribiese a aquella bruja solicitando para usted este favor… Pero, claro, no deberíamos decirle que se trataba de un favor, pues en ese caso no lo haría. Tendríamos que decirle que era usted una persona malvada, a fin de que le echase la maldición.

—En mi humilde opinión, *madame* —el capitán no podía contener la risa—, soy una buena persona, así que no merezco el privilegio de esa maldición. Soy tan buena persona, *madame*, que me permito insistir para que usted abandone la cubierta.

—Supongo que tengo que obedecerle.

—Por tres motivos, *madame*. Primero: yo soy quien manda aquí. Segundo: es por su propio bien. Tercero: se lo ruego.

—Es usted muy amable, *monsieur le capitain*. Pero, en definitiva, voy a quedarme sin ver el mar.

La máxima autoridad en el *King Viking* vaciló un instante.

—No es corriente esto, *madame*, pero me permito ofrecerle el puente de mando para continuar su observación marina.

—¡Oh! ¿Realmente va a hacer eso por mí?

—Con gran placer, *madame*. Permítame —tendió una de sus manos—. Tengo un gran interés en que llegue todo mi pasaje a puerto.

La dama sonrió y aceptó la mano masculina, grande, fuerte, sólida. Una mano se cerró en la otra y, por un momento, el capitán del vapor se desconcertó, al notar la de la anciana: no era una mano débil, floja, blanda… Muy fina y delicada, eso sí, pero… parecía contener dentro como una fina trama de acero, como un enrejado indestructible. Tras un parpadeo, el marino se dijo que había sido imaginación suya, y emprendió el regreso al puente de mando, donde fueron recibidos con una simpática y casi irónica sonrisa del primer oficial, que efectuó una inclinación de cabeza hacia la anciana.

Luego miró al capitán y señaló hacia proa.

—Tierra, señor.

El capitán asintió con la cabeza, miró a la anciana y también señaló hacia proa.

—¿Alguna vez ha estado antes en las Shetland, *madame*?

—No. Y lo siento, porque el viaje es precioso… ¿Por qué se sorprende usted, *petit capitain*?

El joven primer oficial, que casi había respingado al oír aquello,

se sonrojó levemente, y miró titubeante al capitán, que le sacó del apuro.

—Debe disculpar a mi primer oficial, *madame*: no habla francés, aunque lo entiende bastante bien.

—Oh, muy bien… —Se puso la anciana a hablar inglés con la misma naturalidad que antes francés—. Dígame, joven: ¿no le gusta a usted este viaje?

—Pues… Bueno, *madame*, lo he hecho tantas veces… Y ciertamente, creo que hay viajes por mar mucho más… placenteros.

—Sin duda… —admitió la dama—. Pero el mar… es el mar, mi joven amiguito: grande, fuerte, bello, terrible, suave, peligroso, horrible, dulce, romántico… El mar es todo esto y mucho más. Y una cosa tan importante como es el mar, hay que aceptarla en todas sus facetas… *Mais oui*?

—Yo… supongo que sí, *madame*.

—Ajajá. Supongo que la tierra que ya estamos divisando pertenece a la Isla Mainland.

—Sí, *madame* —dijo el capitán, mirando de reojo al turbado primer oficial—. Y pronto veremos las gaviotas. En cuanto hayamos dejado atrás Cape Sumburgh, las verá usted, en los acantilados. Hay miles de gaviotas, y alcas. Y fulmares… El fulmar es sorprendente: sus alas huelen a violeta.

—No me sorprende nada. Cualquier cosa relacionada con el mar no me sorprende. ¿Qué más cosas bonitas puede usted contarme, *monsieur le capitain*? Sobre las Islas Shetland, claro.

—Oh, ya… Bien, *madame*… No son muy grandes. Hay ciento y pico, y, durante el invierno, la vida es muy dura en ellas. Quedan aislados completamente, porque es tan suicidio llegar allá en barco como en avión, debido a las tormentas. Hay un pequeño aeropuerto en Cape Sumburgh, pero la mayoría de los viajeros prefieren el barco, en este tiempo, por extraño que parezca. En primavera y verano, la vida resulta bastante mejor: hay días muy largos, con el sol rojo colgado muchas horas en el horizonte, y las noches son cortas y soportables. El ambiente es más bien húmedo, pero sano. Si pasa usted en automóvil por los extensos prados, posiblemente no verá ningún árbol, pues los fuertes vientos del invierno no los dejan crecer, desarrollarse. Pero hay enormes prados, con manadas de

poneys; y corderos, carneros, ovejas… Eso es todo, *madame*, prácticamente. Como ve, no hay gran cosa que decir sobre esas pequeñas islas escocesas. Lerwick, adonde como usted sabe nos dirigimos, es la capital, en la isla Mainland. Unos miles de habitantes, mucha paz, buena gente…

—¿Es cierto que los habitantes de las Shetland descienden directamente de los vikingos?

—Ése es su mayor orgullo, *madame*. Pero aún más orgullosos al respecto son los habitantes de las Islas Foroe, más al Norte.

—No está mal eso de ser descendiente de vikingos, ¿verdad?

—Bueno, *madame*… —Estiró un poco la barbilla el capitán—. Yo diría que ser escocés tampoco está nada mal.

La anciana se echó a reír, mirando maliciosamente un instante al gigantesco y pelirrojo escocés, que se sofocó ligeramente. Pero la anciana pareció no darse cuenta de ello, porque ya estaba mirando hacia las gaviotas que pasaban por encima del barco. Muy poco después, en los acantilados, pudo ver cientos y cientos de gaviotas y alcas. El mar se estrellaba contra las rocas con una furia tal que parecía querer triturarlas, desmenuzarlas, convertirlas en polvo. La espuma subía altísima, formando nubes blancas que se disolvían en seguida al caer, para volver de nuevo contra las rocas, una y otra vez.

—Es terrible y maravilloso… —suspiró la anciana—. ¿No está de acuerdo, *monsieur le capitain*?

—Por supuesto. Si me permite, *madame*, estamos llegando ya, y debo atender la arribada a puerto.

—Oh, sí. Supongo que debo ocuparme ya de mi equipaje.

—Enviaré un mozo para ayudarla. No se separará de usted hasta dejarla instalada en un taxi… Supongo que tiene usted reservado alojamiento en Lerwick.

—He oído hablar de una posada… *Sun Inn*, se llama.

—Ah, sí. Un lugar muy acogedor, ciertamente. Antes era propiedad de tres hermanos escoceses, pero la vendieron hace cosa de un año. De todos modos, sigue siendo un lugar muy apropiado para usted, *madame*.

—Así lo espero. Ha sido usted muy gentil conmigo, y se lo agradezco… Espero que nos volveremos a ver.

—Sería un placer para mí que usted volviese a Aberdeen en el

King Viking, *madame*. Mmm…

—¿Sí?

—Bueno, el viaje es sólo de unas horas, *madame*, así que, en general, no suele ser necesario para el capitán del barco conocer los nombres de sus pasajeros… Sin embargo, en esta ocasión…

La anciana sonrió encantadoramente.

—Annette Simonet… —susurró—. Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Espero que le guste la habitación, *madame*.

Madame la Duchesse sonrió y asintió con la cabeza. Tenía que gustarle, porque era confortable y coquetona. Y hasta tenía chimenea, y baño privado. Desde la ventana se veía una plaza y la avenida más amplia de Lerwick; por encima, más allá, los verdes campos que ahora tenían el tono rojizo del sol que tan lentamente se iba poniendo.

—Me gusta mucho… —admitió—. Pero abajo he visto un bar y no sé si…

—Oh, no, *madame*… —negó la posadera—. No es un bar público, sino… una especie de salón para los clientes de la fonda exclusivamente. A veces vienen personas de fuera, pero le garantizo que todas ellas son muy correctas y tranquilas…, seleccionadas. Quiero decir que no vienen marinos, ni gente alborotadora.

—En ese caso, me quedaré.

—Gracias, *madame*… Ordenaré que suban su equipaje. ¿Va a quedarse muchos días?

La anciana se quedó mirando dubitativamente a la posadera, una mujerona de cabellos rojos, rostro lleno de pecas, ojos claros de mirada fija; resultaba un tanto hombruna, quizá, pero sus deseos de agradar eran evidentes.

—Pues la verdad, no lo sé. Sin embargo, como no quisiera perjudicar su negocio, podemos hacer el trato sobre… una semana. ¿Le parece bien?

—Muy bien, *madame* —hablaban ambas en inglés—. Si necesita algo, lo que sea, sólo tiene que tocar ese timbre… Mi nombre es Thelma. Procuraré ser yo quien la atienda en todo momento.

—Muy agradecida.

Thelma se retiró, y poco después un hombre subía el equipaje de

madame la Duchesse, quien colocó sus cosas en el armario, metódicamente, tranquilamente. Siempre todo en orden, siempre las mismas cosas en el mismo sitio… Terminada esta tarea, que realizó con expresión pensativa, como distraída, *madame la Duchesse* se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando el maletín forrado de raso negro que había sacado de una de las maletas.

Abrió el maletín, que contenía productos de belleza, secador de cabello a pilas, una pequeña cámara fotográfica con su correspondiente trípode, muy pequeño, de tubos de aluminio, unos gemelos de teatro… Cosas de mujer, cosas de viaje.

Lo único que podía sorprender en aquel maletín era el doble fondo que la anciana alzó, dejando al descubierto fajos de billetes de veinte, cincuenta y cien dólares, y una pequeña pistolita con cachas de madreperla. Del cañón de la pistolita extrajo un rectángulo de papel amarillo que desdobló, para releer una vez más el texto:

SHETLAND LERWICK SUN INN URGENTE

Angelo

La anciana volvió a quedar pensativa unos segundos. Luego encendió un cigarrillo y, con la misma llama del lujoso encendedor de platino y brillantes, prendió fuego al telegrama; con él ardiendo, se dirigió al cuarto de baño y dejó caer las cenizas en el inodoro. Luego volvió junto al maletín, sacó otro paquete de cigarrillos también empezado y tiró de uno de ellos. Acercó a su boca el paquete y susurró:

—He llegado.

—Te he visto —replicó una voz de hombre.

—Bien.

Bajó el cigarrillo, dejó el paquete y cerró el maletín. Luego miró su relojito: era una hora estupenda para cenar.

Capítulo II

Era ya muy tarde, pero la duquesa de Montpelier todavía no se había acostado. Permanecía en la habitación completamente a oscuras, sentada en una silla y con la pistolita de cachas de madreperla en la mano derecha. Notable anciana, que tras una travesía por mar que había fatigado y mareado a casi la totalidad de los pasajeros, no la había perturbado a ella en lo más mínimo.

Cuando se produjo el levísimo ruido en la cerradura de la puerta, sonrió. Seguramente aquel leve ruido no habría llegado a oídos de una persona corriente; pero ella no debía serlo, porque lo oyó perfectamente. Entonces se puso en pie y fue a situarse a un lado de la puerta.

La cual se abrió a los pocos segundos. Y, a la luz de la pequeña lámpara de un extremo del pasillo, se vio fugazmente a un hombre entrando. Un hombre alto, ancho de hombros, cuyo rostro, entrevisto un momento, parecía de piedra. Un hombre que tras entrar rápidamente cerró la puerta y quedó inmóvil.

Entonces *madame la Duchesse* dio un paso, quedó detrás del hombre y apoyó la pistolita en sus riñones.

—Oh… —exclamó quedamente—. Un ladrón. ¡Manos arriba!

El hombre quedó un instante inmóvil. Luego se volvió, tendió los brazos en la oscuridad y notó los hombros de *madame la Duchesse*, tiernos y cálidos bajo la livianísima prenda. La atrajo y al segundo siguiente estaba besando a *madame* en la boca, deslizando sus manos hacia la espalda, que parecía de seda.

Y así comenzó a pasar el tiempo. Tiempo, tiempo, tiempo…

Por fin se oyó el suspiro de *madame*, y su voz susurrante:

—Qué ladrón más simpático… ¿Sería mucho pedir que viniese cada noche, *monsieur*? A cambio, le permitiré robar todas mis joyas…

El intruso volvió a besar a la anciana dama. Y el tiempo volvió a eternizarse, hasta que se oyó de nuevo la voz de Annette Simonet:

—Me da la impresión de que tenías deseos de verme.

—Pero no te estoy viendo —susurró el intruso.

—Pues enciende la luz. He cerrado herméticamente la ventana, así que nadie la verá desde la calle. Y si tampoco hay nadie en el pasillo…

Se encendió la luz.

Y *madame* se quedó mirando al *ladrón* de ancianas desvalidas. Sí… Un rostro pétreo, bronceado, viril. Cabellos color cobre, ojos intensamente negros, grandes, inteligentes. Un mentón sólido como una roca. Una boca grande, de labios finos y firmes, como un hachazo en una roca… Un hombre impresionante.

Pero no menos impresionante resultaba ahora *madame la Duchesse*, con sus setenta años. Ahora parecía tener veinticinco; su rostro no mostraba la menor arruga; sus cabellos eran largos, suavemente ondulados; su boca era sonrosada, fresca, y el labio superior se alzaba ligeramente por el centro, como en una muequecita de niña deliciosamente mimada; tenía un hoyuelo vertical en la encantadora barbilla… Y no llevaba sus negros y austeros ropajes, sino un camisoncito que parecía de cristal tierno, dejando ver a su través el cuerpo más bello del mundo, dorado por el sol… Sí. Parecía que estuviese hecha realmente de sol y de luz.

Y sobre todo, aquellos ojos… Aquellos ojazos grandiosos, bellísimos, azules como el cielo de los trópicos. Los ojos más bellos del mundo.

—Menos mal… —susurró el hombre—. Temí haber estado besando a una ancianita.

—¿Me reconociste con ese disfraz en el comedor?

—Supongo que estás bromeando… —sonrió él, acariciando la suavísima garganta femenina—. Y soy yo quien se pregunta si tú me reconociste a mí…

—Pero querido, claro que sí: tú no estabas disfrazado…

—Me he expresado mal. He querido decir que he dudado que te acordases de mí, pues hace tanto tiempo que no nos vemos…

Ella sonrió dulcemente, asió la mano de él y la besó.

—Te recuerdo perfectamente… Eres Angelo Tomasini, un guapo caballero que vive en la isla de Malta, en una maravillosa villa que

has bautizado con el nombre de *Villa Tartaruga*. Pero, además, eres el invencible, el sin par, el peligrosísimo espía Número Uno. ¿Y tú? ¿Te acuerdas de mí?

—Déjame probar… ¿Eres la señorita Brigitte Montfort, residente en Nueva York, periodista famosa en el mundo entero en las filas del *Morning News*, que una vez ganaste el Premio Pulitzer y otra vez fuiste reina de un pequeño país llamado Atlantic Kingdom? ¿Eres, además, esa… jovencita chiflada que se dedica a ir por el mundo convertida bajo tus mil disfraces en la agente Baby, de la CIA, y que, según dicen todos los espías, te has convertido en pocos años en la espía más peligrosa del mundo?

—Oh, sí… Sí, mi amor. Esa soy yo.

—Entonces, todo está bien.

—Pero te has dejado algo…

—¿Sí? Bien… Quizá he debido mencionar que los chinos ofrecen cinco millones de dólares por tu cabecita, y los rusos quince millones de rublos. Que eres…

—No me refiero a esas cosas tan horribles, mi amor… Lo que pareces haber olvidado es que te amo con toda mi alma.

El impresionante Número Uno tragó saliva, lentamente.

—De ninguna otra podría aceptar amor —susurró.

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, rodeó con sus bracitos el cuello de Angelo Tomasini, el mejor espía del mundo…, que años atrás fue vendido brutalmente por la CIA.

—¿Entonces…? —Temblaron sus sonrosados labios.

Número Uno apagó la luz.

En la oscuridad se vio la esfera luminosa de un reloj.

—Son casi las seis de la mañana —se oyó la voz de Número Uno.

—Supongo que a esta hora se despedían Romeo y Julieta —sonó dulcemente la voz de Brigitte Montfort.

Se oyó un rumor, se encendió la luz de la mesilla de noche. Número Uno estaba sentado en la cama y se volvió hacia ella, que parpadeó graciosamente, frunció la boquita y envió un beso al «ladrón» nocturno, que dijo:

—Será mejor que nos despidamos ya.

—Por ahora —alzó ella un dedito—. Bien: ¿qué es lo que está ocurriendo?

—Exactamente, no lo sé. Pero está relacionado con una granja experimental que hay hacia el Sur, entre Lerwick y Cape Sumburgh.

—¿Una granja experimental? —se sorprendió ella.

—Sí. Estas islas apenas tienen agricultura, y parece que el Gobierno británico está haciendo encomiables esfuerzos para poner en condiciones este suelo frío y yermo. Han instalado una granja experimental, que goza de todas las simpatías de los isleños, naturalmente.

—Claro. ¿Piensas convertirte en granjero?

—No. Tengo un contrato de lo mío.

—Entiendo… —murmuró ella—. Y lo tuyo es trabajar como eficaz espía a las órdenes de quien pague tu precio.

—Así es —replicó él, un tanto secamente.

La bellísima Brigitte, la espía más divina del mundo, alzó las cejas, como sorprendida. Se puso sobre un codo, deslizó una mano por el cuello de Número Uno y lo atrajo para besarlo en los labios.

Luego dijo:

—No tienes por qué disgustarte conmigo, mi amor. Yo no intervine en aquella traición de la CIA contra ti.

—No… Tú sólo me salvaste la vida.

—¿Cuántas veces me la has salvado tú a mí?

—¿Mil?

—No tantas —rió quedamente ella; y volvió a tenderse—. Muy bien, te han contratado. ¿Necesitas ayuda?

—Presumo que no.

—Oh, vamos, no seas tan orgulloso, mi vida. Si me has llamado…

—Te he llamado, pero no para que me ayudes a mí. No voy a estar solo en esto, porque además de mí, han encontrado a quince o veinte hombres más…, por el momento. Siguen llegando a la isla.

—¿Veinte hombres? —se sorprendió ella—. Es absurdo eso, contando con Número Uno.

—No estoy aquí como Número Uno, sino como un ex agente del MI5 llamado Clark Coleman. Uno de mis hombres en el continente se enteró de que estaban reclutando gente… especial, y me avisó. El asunto no me habría llamado la atención de no ser porque a cada hombre le ofrecían cien mil dólares.

—Es mucho dinero, ciertamente… —Parpadeó Brigitte—. Esa

cantidad sólo se paga a espías de auténtica envergadura. ¿Lo son esos quince o veinte hombres?

—No. Ni uno solo de ellos. Son gente peligrosa, pero nada más. Hacía tiempo que yo no trabajaba, así que decidí interesarme por el asunto, más por hacer algo que por dinero. Estaba intrigado. Y cada vez lo estoy más.

—Hasta yo empiezo a estarlo —admitió Brigitte—. No entiendo muy bien qué pueden hacer en este islote frío y pobre veinte hombres peligrosos cada uno de los cuales va a cobrar cien mil dólares. En total, son dos millones de dólares… ¿Qué puede haber en esa granja experimental que valga más de dos millones de dólares?

—Conozco bien a la gente que contrata espías privados —dijo Número Uno—: si están dispuestos a invertir dos millones de dólares, eso quiere decir que el asunto puede reportarles no menos de veinte de beneficio.

—Veinte millones de dólares… Fabuloso. ¿Cómo sabes que el asunto está relacionado con esa granja?

—Se nos ha sugerido a todos los empleados que diésemos unas vueltas discretas por allí, para conocer bien el terreno.

—Ah. ¿Y qué has visto?

—Una granja… rodeada de alambradas.

—¿Alambradas? ¿Para qué?

—No lo sé. Pero tienen su importancia.

Brigitte entornó los ojos.

—¿Están electrificadas? —susurró.

—Parece que no. Pero pueden estarlo en un momento dado.

—Entiendo… Sí, el asunto es interesante. O lo parece. ¿Qué más hay en esa granja?

—Un gran cobertizo y hombres que trabajan en él, y en la tierra, al exterior. Hacen cultivos, pruebas.

—Muy lógico todo…, excepto esa faceta relacionada con la granja de contratar veinte hombres a cien mil dólares cada uno. Pero, francamente, mi amor, todavía no entiendo por qué me has llamado.

—Porque no quiero meterme en ningún asunto que, quizá por sus repercusiones insospechadas, pudiera acarrearme tus reproches. Y este asunto, naturalmente, tiene que ser mucho más importante

de lo que parece. Así que, antes de seguir adelante con él, quiero pedirte un favor.

—Eso sí que es extraordinario —abrió mucho los ojos Brigitte—. ¡Número Uno pidiendo favores!

—En realidad —gruñó él—, he pensado que éste podría ser uno de esos casos extraños que acostumbras a afrontar tú. Si lo es, decide tú misma lo que hacemos. Si no lo es, yo seguiré adelante y tú podrás regresar a Nueva York.

—Entiendo. Eres encantador. Pero… ¿cómo puedo saber yo si este asunto es de los que a mí me interesan…? Supongo que te refieres a asuntos que puedan… alterar la paz, ¿no?

—Sí.

—De momento, agradezco por adelantado que respetes tan profundamente mis deseos —murmuró Brigitte—. Pero de veras, mi amor: ¿cómo puedo yo saber si este es uno de los asuntos que yo acostumbro desbaratar?

—Lo puedes saber enviando unas fotografías a Washington y pidiendo que identifiquen a todos los hombres que aparecen en esas fotografías. Ese es el favor. Y una vez hecho, sabrás si el asunto merece tu interés.

—De acuerdo. ¿Tienes aquí las fotografías?

Número Uno fue adonde estaban sus ropas y sacó un sobre de un bolsillo, que entregó a Brigitte. Ésta sacó un puñado de fotografías, todas ellas conteniendo hombres, en grupos o solos.

—¿Teleobjetivo? —sonrió la divina.

—Sí. He utilizado diversos medios. Están todos los hombres que han llegado hasta el momento a Lerwick, y, en las tomadas con teleobjetivo, aparecen los hombres que están trabajando en esa granja experimental. Al menos, parte de ellos.

—Supongo que no te vieron tomar estas fotografías.

—Claro que no. Y no fue fácil: parece que hayan montado la granja en el sitio más adecuado para que nadie pueda acercarse sin ser visto.

—Nadie que no sea Número Uno, claro —sonrió Brigitte, que iba pasando rápidamente todas las fotografías.

—Bueno, al menos no soy un novato, me parece.

—Todo un maestro —dijo ella, seriamente, sin dejar de pasar fotografías—. ¿Por qué dices que nadie puede acercarse a esa granja

sin ser visto?

—Como debes saber, no hay apenas árboles en las Shetland… Y los prados son enormes, casi completamente llanos en su mayor parte. Pues bien: la granja está en el centro de uno de ellos. Alrededor, sólo hay terreno liso, en más de media milla. Ni un árbol, ni una roca, ni el menor accidente del terreno… Nada. Ya te digo que no fue fácil tomar estas fotos.

Brigitte asintió con la cabeza, siempre pasando fotografías.

—Ah, una cosa… Todavía no me has dicho quién hace ese… reclutamiento de sujetos peligrosos. Quiero decir que supongo que hay alguien al frente del grupo, ¿no?

—Es un pastor luterano.

Baby miró casi divertida a Número Uno.

—No me digas —sonrió, y siguió mirando fotografías.

—Sí. Aquí casi todo el mundo es luterano. Hay una bonita iglesia en Checwind Square, pintada de blanco; parece del siglo dieciocho. Allá es donde vive ese pastor de almas. Se llama John Charles Buchanan. Suele venir por del bar-salón de esta posada a tomar un trago, de cuando en cuando. Sus fotografías están ahí, naturalmente. Y no es fácil confundirlo, ya que…

—¿Éste? —Separó Brigitte una de las fotografías.

—Sí.

La espía se quedó mirando el rostro de John Charles Buchanan. Un rostro coloradote, de buen escocés aficionado al *whisky*. Ojos pequeños, inteligentes, que conferían a todo su rostro una viva expresión simpática. Debía tener unos cuarenta y tantos años. No llevaba alzacuello, pero su indumentaria no podía resultar más seria y conveniente. Por fin, Brigitte dejó la fotografía y siguió mirando las que quedaban, mientras preguntaba:

—¿De qué os ha hablado hasta ahora el señor Buchanan?

—Después de decirnos que, por separado y con la máxima discreción, nos fuésemos compenetrando con el terreno que rodea la granja experimental, sólo se interesó en tomar nota de los que sabemos remar.

—¿Remar?

—La granja no está lejos de la costa.

—Ah. Bueno, es lógico, teniendo en cuenta que está en una estrecha franja de terreno que…

De pronto, respingó y se quedó mirando con los ojos muy abiertos la fotografía de turno. Era de las tomadas con teleobjetivo, pero muy clara, un trabajo perfecto de espía experimentado, por supuesto. Nadie tenía que enseñarle nada sobre espionaje a Número Uno. Ni siquiera ella, considerada la reina del espionaje mundial.

—¿Qué ocurre? —La miró vivamente Número Uno.

—Tráeme mi maletín. Está en el armario.

Él fue a buscarlo, mientras ella centraba su atención en el rostro de uno de los tres hombres que aparecían en la fotografía, al aire libre, cerca del cobertizo de la granja. Los tres estaban en pie, conversando, era fácil comprender esto. Número Uno le entregó el maletín, y Brigitte separó de los prismáticos una de las lentes, que colocó sobre la fotografía, de modo que los tres rostros fueron ampliados. Número Uno no se impacientó. Esperó a que ella dejase de examinar con tanta atención la fotografía, sin molestarla. Ni siquiera la apremió con preguntas cuando ella, finalmente, alzó la cabeza y se quedó como absorta, incrédula, perdida la mirada.

—Es Seymour Folkers —susurró Brigitte por fin.

—¿Le conoces?

—Sí. Lo vi hace… dos o tres años, en la Central.

—¿En la Central de la CIA? ¿Y qué hacía ese granjero británico allá?

—No es granjero. Ni británico. Es compatriota nuestro.

—¿Es norteamericano? ¿Y qué hace, entonces, en esa granja?

—Desde luego, nada relacionado con la agricultura. Vamos, sería el mayor absurdo que…

—¿A qué se dedica?

Brigitte se quedó mirando fijamente a Número Uno, todavía como… asustada.

—Seymour Folkers es uno de los mejores técnicos de balística nuclear intercontinental con que cuenta el Pentágono, Uno.

—Entonces, no creo que esté dedicado a estudiar el modo de plantar tomateras en esa granja.

Brigitte movió negativamente la cabeza. Número Uno ya no hizo más comentarios. Ni ella tampoco. Él se limitó a recoger sus fotografías, mientras ella colocaba de nuevo la lente en los prismáticos. Luego, Número Uno colocó el maletín en el armario… Ella lo estuvo contemplando mientras él se preparaba para

marcharse.

Por fin, él se sentó en el borde de la cama.

—¿Tomas tú la iniciativa? —susurró.

—Sí. Has hecho bien en llamarme. Tú debes estar controlado, supongo.

Número Uno la besó, se puso en pie y señaló la luz de la mesilla de noche. Ella la apagó. Oyó los pasos de Número Uno hacia la puerta; luego, ésta se abrió, él salió, cerró, y todo volvió a quedar a oscuras.

Eran aproximadamente las seis y media de la mañana.

Capítulo III

Hacia las diez de la mañana, *madame la Duchesse* de Montpelier apareció en el vestíbulo de la posada, muy compuestos sus blancos cabellos, seria, casi solemne con su vestido negro cerrado hasta el cuello. Hacía poco que había salido el sol, pero, evidentemente, la actividad era general en Lerwick.

En recepción estaba la pelirroja Thelma, que le sonrió. *Madame* se acercó allí, caminando con graciosa majestad, apoyándose en su bastón de puño de plata.

—Buenos días, *madame*… ¿Ha descansado bien?

—He pasado una noche magnífica —aseguró la anciana—. Gracias por su interés, Thelma.

—¿Le servimos el desayuno?

—Sí, sí, gracias. Parece que va a hacer buen día, ¿verdad?

—No será malo —sonrió la mujerona.

—Pues aprovecharé para dar un paseo.

Hacia las diez y media, *madame* salía de la *Sun Inn*. Y muy poco después encontraba sin gran esfuerzo la Checwind Square, en la cual, inmediatamente, destacaba la iglesia, blanca, con su puntiaguda torre.

Pasito a pasito, *madame* se fue acercando, mirando con curiosidad a todos lados, como sorprendida de que pudiese haber flores en las casas y calles. Escasa circulación, poca gente… Un lugar tranquilo, ciertamente. Cerca de allí se veía el puerto, atestado de pesqueros en el muelle Norte. Un aire fresco, salobre, llegaba del mar, y, en aquel momento, algunas gaviotas pasaron sobrevolando la torre de la iglesia.

«Qué lugar encantador —pensó *madame*—. O, por lo menos, lo parece».

Pensó también que la granja experimental debía parecer

asimismo encantadora, pero, de acuerdo a sus proyectos, decidió dejarla para más tarde. Primero quería examinar la iglesia. Aunque, realmente…, ¿qué esperaba encontrar allí dentro?

Cuando entró en ella, se dijo que algo sí había encontrado: una gran paz. El sol, rojo, se filtraba por los ventanales de colores, de tal modo que tuvo la impresión de hallarse como sumergida en una dulce luz de color naranja. El silencio era total allí dentro. Había filas de bancos de madera, y, al fondo del pasillo alfombrado, el sencillo altar, sin imaginería de ninguna clase. Una bonita lámpara pendía del techo, en el centro. El ambiente era en tal grado sedante, casi dulce, que de buena gana se habría sentado en uno de los bancos, a meditar.

Mas lo que hizo fue recorrer silenciosamente el alfombrado pasillo entre las filas de bancos. Llegó al altar, subió el par de escalones también alfombrados, y se volvió, abarcándolo todo desde un ángulo diferente. Sí…, ¿qué esperaba encontrar en una iglesia, aunque fuese luterana?

Sobre el altar vio una Biblia, y la abrió. Tanto y tanto era el silencio que se oyó el suave crujir del papel como algo escandaloso. ¿Un pastor luterano mezclado en un asunto en el que intervenía uno de los mejores técnicos de balística intercontinental de los Estados Unidos? Y naturalmente, Seymour Folkers debía estar allí con el pleno conocimiento de los británicos. La pregunta podía ser: ¿estaba Seymour Folkers aprendiendo agricultura…, o los británicos aprendiendo balística intercontinental?

—No sé —reflexionó—. Pero dudo mucho que Seymour Folkers se esté dedicando ahora a estudiar sistemas de agricultura. ¡Qué tontería, claro que no! Por lo tanto…, ¿qué hay en esa granja?

Echó un vistazo a la página de la Biblia. Era la correspondiente al encomio de los varones. Se fijó en el punto 9.

> *«Mas hubo algunos de los cuales no queda memoria, que perecieron como si nunca hubieran existido, así ellos como sus hijos; y aunque nacieron, fueron como si no hubiesen nacido».*

Bien… Era a fin de cuentas lo que suele suceder a la mayoría de las personas. Nacen para nada, y cuando mueren, es como si nunca hubieran existido. No dejan nada. Han pasado por la vida, y jamás

serán recordados. Sin embargo, a Seymour Folkers quizá sí se le recordaría, cuando menos, en la historia del armamento. Pero… ¿valía más ser recordado por esto que olvidado para siempre?

Cerró el gran libro y miró una vez más a su alrededor. A la izquierda había una puerta, y se dirigió hacia ella. Probó el pomo, y la puerta se abrió. Había un corto pasillo, y *madame* se quedó como clavada en el umbral, indecisa. ¿Resultaría admisible que una dama como ella entrase por allí? Seguramente, más bien resultaría un tanto sorprendente, desconcertante, si alguien la encontraba.

Se disponía a cerrar cuando oyó unos pasos que se acercaban. Demasiado tarde. Se quedó inmóvil, y, a los pocos segundos, apareció ante ella John Charles Buchanan, el pastor, mirándola con curiosidad pero también con una gran simpatía en sus pequeños ojos inteligentes, en su coloradote rostro.

—Perdón —sonrió *madame*—. Temo haber cometido una indiscreción. Pensé que… Bueno, no creí que esta puerta…

John Charles Buchanan la contemplaba afablemente. Había una extraordinaria bondad en su rostro.

—No debe preocuparse, señora.

—Bueno… Me parece que este lugar no forma parte de la iglesia…

—Es mi vivienda privada. Sin embargo, forma parte de la iglesia, de tal modo que todos son siempre bien recibidos.

—Gracias… Le ruego que me perdone.

—¿Puedo servirla en algo?

—No, no… Simplemente, estaba curioseando —pareció turbarse muchísimo—. Yo soy católica.

—Entiendo. Pero imagino que estará de acuerdo en que todas las iglesias son casas de Dios, señora.

—Sí, sí…

—De tal modo que usted puede considerarse en la propia casa del Padre.

—Sí, muy… muy amable… Perdóneme. Yo… Bueno, creo…

Dentro de la vivienda privada de John Charles Buchanan se oyó un timbre, hacia la izquierda. El pastor sonrió con indulgencia ante el apuro de *madame*.

—Discúlpeme: están llamando por el otro lado. Insisto en que debe considerarse bien venida.

—Gracias, gracias…

Buchanan se retiró, sin cerrar la puerta, demostrando así una magnífica cortesía. Durante unos segundos, *madame* permaneció allí, inmóvil. Si algo había aprendido en la vida, era a distinguir a las personas buenas de las malas. Y mucho tenía que engañarse para no clasificar a John Charles Buchanan entre las buenas. Era un hombre extraño, que rebosada bondad de un modo asombroso… ¿Podía ser fingida? Pensó en sí misma, que era capaz de fingir cualquier cosa… Entonces, ¿por qué no el bondadoso pastor de los ojos rebosantes de bondad?

Dio la vuelta y se alejó. Salió de la iglesia, dio la vuelta, y encontró la puerta que debía conducir a la vivienda privada de Buchanan. Se alejó convenientemente y se quedó como contemplando un escaparate, hasta, que, apenas dos minutos después, vio por el cristal que la puerta se abría. Y siempre por el cristal, vio salir de allí a Thelma, la propietaria de la *Sun Inn*. Era inconfundible, pero *madame* se volvió. Sí, era ella: alta, robusta, hombruna… La puerta se había cerrado, y *madame* se dedicó a mirar a la pelirroja Thelma hasta que desapareció por la esquina de la iglesia.

—Daría cualquier cosa por saber qué has venido a hacer ahí, amiguita.

Pero como eso, de momento, no era posible, acabó de dar la vuelta a la iglesia, estudiándola con detenimiento. Bien: una iglesia, eso era todo. Y un bondadoso pastor.

Se acercó al muelle, y, en efecto, allí había taxis. Se acercó a uno de ellos.

—¿Está usted libre?

—Sí, señora —asintió el chófer.

—¿Puede llevarme a dar un paseo por el campo?

—Sí, señora, naturalmente —dijo el hombre, tras parpadear, como sorprendido.

Madame entró en el taxi, y dijo:

—Me gustaría ir hacia el aeropuerto. ¿Es posible? Tengo la intención de regresar en avión, pero antes quisiera asegurarme de que el aeropuerto está en buenas condiciones.

—Le aseguro que sí —sonrió por fin el chófer—. Voy muy a menudo allá, así que tengo motivos para saberlo.

—Me alegra oír eso. Es que he oído que muchas personas tienen miedo del viaje en avión, y…

—Oh, pero no se refieren al aeropuerto, señora, sino a las condiciones de vuelo. Suelen soplar unos vientos fortísimos, que zarandean el avión como si fuese de papel, eso es todo. Pero ya está llegando el buen tiempo… Le gustará el paseo, señora.

El paseo no inmutó lo más mínimo a *madame*. Llegaron al pequeño aeropuerto, dieron una vuelta por allí, ella escuchó cortésmente las explicaciones del chófer, miró la torre de control, las pistas… Luego, emprendieron el regreso, lo más cerca posible de la costa, a petición de *madame*. Para entonces, el chófer estaba ya super encantado con su anciana cliente, y había reído en más de una ocasión ante las observaciones de ella.

—¿Y aquello qué es? —señaló de pronto *madame*.

—La granja experimental.

—¿La qué?

—Bueno, unos cuantos tíos listos están investigando el suelo y sus condiciones para ver si pueden desarrollar la agricultura de la isla. Plantan cosas, analizan las tierras… Yo creo que están perdiendo el tiempo: conozco bien estas tierras.

—Ah. ¿Y por qué no les dice usted eso?

—Me parece que no me harían mucho caso —rió una vez más el chófer—. Algunos de ellos suelen ir a Lerwick de cuando en cuando, a comer allí o a tomar unas copas, jugar al billar… Son gente muy tratable, desde luego. Y se ve en seguida que saben usar ésta —se dio una palmada en la frente—. Pero están perdiendo el tiempo.

—¿No podríamos acercarnos a la granja? Me gustaría verla.

—Ya nadie va por allí, pero no veo inconveniente.

—¿Por qué nadie va ya por allí?

—Al principio, todos nos interesamos mucho, y nos acercábamos a ver cómo iban las cosas. Pero de eso hace ya más de un año, y todos hemos perdido interés, así que en realidad es como si hubiésemos olvidado la granja. Y la habríamos olvidado completamente si no fuese por esas visitas que le digo hacen esos tíos listos de cuando en cuando a la ciudad. Hay quien piensa que deberían dedicar su atención a la pesca, o al aprovechamiento de las aves.

—¿Por qué?

—Porque aves tenemos muchas. Algunos se dedican a ir a los acantilados, a recoger huevos. Y tenemos pesca, sobre todo… Desde Lerwick salen cada año muchos barcos balleneros. ¿Y quiere saber otra cosa?: también criamos langostas. Y eso sí es real, y da dinero y trabajo… Pero la tierra… ¡Bah!

—No debe menospreciar la tierra —reconvino severamente *madame*—. A lo peor, cualquier día no tendremos otra cosa para comer que la propia tierra.

—¡Eso sí me lo creo! —rió el chófer—. ¡Porque esperar que crezca algo por aquí…! Oiga, señora: usted no es inglesa, ¿verdad?

—No. Francesa.

—Ah. Pues habla usted el inglés estupendamente.

—Usted tampoco lo hace mal, por ser de aquí… ¿Por qué se detiene?

El chófer se volvió a mirarla, sonriendo. Había frenado a casi cien yardas de las alambradas, frente al portón que había al extremo del camino de tierra.

—Todo lo que hay que ver, se ve desde aquí. Pero si lo desea, seguiré adelante.

—Sí, por favor.

Segundos después, el taxi volvía a detenerse, ahora delante mismo del portón de alambrada. Sin vacilar, *madame* se apeó y se acercó, contemplando inexpresivamente a los hombres bien abrigados bajo el grueso guardapolvo que, hasta el momento, habían estado dedicando toda su atención al suelo. Ahora la estaban mirando. Cambiaron unas palabras, y uno de ellos se acercó, mientras *madame*, tras examinar con perspicaz mirada la alambrada, la dirigía luego al cobertizo… Era grande, chato, sólido, con pocas ventanas. Eso era todo.

—Buenos días —saludó el hombre—. ¿Desea algo, señora?

—Buenos días —sonrió ella—. Solamente siento curiosidad. Me han dicho que están ustedes intentando hacer milagros.

El hombre sonrió cortésmente.

—Algo así. ¿Desea usted pasar, señora?

—Si es posible, sí. Estoy pasando aquí unos días con objeto de examinar el lugar y decidir si voy a situar aquí la acción de mi próximo libro, así que me gustaría saber cuantas más cosas mejor.

—Ah, es usted escritora… Bueno, si su libro no trata de

agricultura, temo que esta visita no le sirva de nada.

—Eso quiere decir que no puedo entrar, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —se sorprendió el hombre—. Pase, por favor.

Abrió el portón, y *madame* se volvió para hacer una seña al chófer que esperase allí. El científico la condujo hacia donde estaban sus compañeros, que acogieron con amable cortesía a la anciana visitante. Uno de ellos comenzó a hablar del injerto que estaban realizando, y *madame* lo escuchó con atención. Eran muy comunicativos y amables. Tanto, que no pusieron el menor reparo cuando *madame* expresó su deseo de echar un vistazo a sus trabajos en el cobertizo.

Allí dentro, todo eran grandes tiestos de formas circulares y rectangulares, conteniendo más injertos, sometidos a diferentes grados de temperatura. Había un olor ácido en el ambiente, producto de ciertos abonos especiales, según le explicaron. Cada tiesto tenía su tablilla de anotaciones, y *madame* examinó las del trigo, el maíz y la avena, llegando a la conclusión de que, según sus modestos conocimientos, eran correctísimos y muy interesantes. Las explicaciones se iban sucediendo por parte de varios científicos, cada uno de los cuales parecía tener una determinada especialidad. Había allí, en total, no menos de veinticinco hombres. Tenían cocina, dormitorios con literas, una sala de recreo con televisión, libros, música… Una vida tranquila, plácida, dedicada de lleno al bien de la Humanidad, ya que, si conseguían triunfar en aquella inhóspita tierra de las Shetland, su labor podría luego beneficiar al mundo entero.

Maravilloso.

Cuando *madame* se despidió agradeciendo muchísimo la amabilidad de los científicos, sabía ya que allí se estaba haciendo algo más que estudiar el terreno para que diese fruto. Había recorrido todo, estaba segura de que había visto a todos los científicos allí reunidos…, pero no había visto a Seymour Folkers. ¿Ya no estaba allí? Número Uno debía haber tomado aquellas fotografías cinco o seis días antes, desde luego, y en ese tiempo, Folkers podía haber emprendido viaje a Londres, o quizá a Estados Unidos…

—¿Qué le ha parecido? —preguntó el chófer.

—Muy interesante.

—Psé. ¿Dónde la dejo en Lerwick, señora?

—En la *Sun Inn*. Espero que llegaremos a tiempo para el almuerzo.

—Seguro que sí. Allá vamos.

Durante el almuerzo, vio en el comedor a Número Uno, igual que la noche anterior, ocupando la mesa con otros tres hombres, de los cuales, *madame* tuvo la impresión que ya había definido Número Uno: eran peligrosos.

Pero sólo eso. Aventureros inteligentes, pero no parecían encajar ni siquiera en el tipo medio del espía profesional. Se comportaban con gran corrección y seriedad, y todo les parecía bien. La idea de que iban a ganar cien mil dólares cada uno debía influir no poco en esa actitud pacífica y sosegada. ¿Qué esperaban? ¿Cuándo los movilizaría John Charles Buchanan…, y qué les pediría que hicieran relacionado con la granja?

Seguramente, en otras posadas o en algún pequeño hotel estaban distribuidos los demás, hasta completar la veintena. Esperaban, eso era todo.

Y, mientras tanto…, ¿qué estaba preparando Buchanan, el hombre que los estaba contratando a todos? La imagen del bondadoso rostro del pastor luterano brilló en la mente de *madame*. ¿Qué clase de trabajo podía encargar un hombre como Buchanan a unos aventureros que seguramente no vacilarían ante nada cuando llegase el momento de la acción?

Después del almuerzo, *madame* se retiró a su habitación a descansar. Y veinte minutos después alzaba el cigarrillo que abría la comunicación de la radio que contenía el paquete.

—Dime —oyó en el acto la voz de Número Uno.

—He estado en la granja. Seymour Folkers no estaba allí. ¿Se ha marchado?

—No lo sé. Tienen algunos coches en la granja, y pueden haber ido al aeropuerto. Quizá se haya marchado. ¿Qué te ha parecido?

—Las alambradas podrían soportar una corriente fortísima. Es posible que la conexión esté bajo tierra. ¿Comprendes?

—Sí. También he estado pensando en eso. No sería extraño que debajo del cobertizo hubiese subterráneos. Supongo que has

querido decir eso.

—Exactamente. Y si es así, Folkers puede estar en esos subterráneos. Ya veremos. Dime una cosa, amor: ¿qué sabes de la posadera? Aparte de las miradas encendidas que te dirige, claro.

—¿De la posadera? ¿De Thelma Connors? ¿A qué te refieres?

—Estuvo esta mañana a visitar a Buchanan. ¿Qué relación hay entre ellos?

—Ni idea. ¿Tú no pudiste oír nada?

—Imposible. Ella estuvo allí tres minutos, quizá cuatro.

—Parece el tiempo justo de dar un recado, ¿verdad?

—Eso he pensado. Escucha, mi amor, en esa granja hay auténticos técnicos agrícolas, por lo poco que yo entiendo de esto.

—Naturalmente. Pero si nuestra suposición se acerca a la realidad en una mínima parte, debajo debe haber técnicos en armamento.

—Sería conveniente… llegar a conclusiones, amor.

—Si estás pensando en hacer una incursión de las tuyas a esa granja, olvídalo: no quisiera que al amanecer te encontrasen electrocutada, en esas alambradas.

—Oh, vamos… No eres el único capaz de afrontar una alambrada eléctrica.

—Lo sé. Pero tengo una posibilidad mejor que ese riesgo: esta noche tenemos reunión, y quizá saque algo en claro de ella. Te llamaré cuando regrese.

—Está bien. ¿Dónde es la reunión?

—Tenemos que ir a cierto punto de la costa oeste de la isla, a pie. Un par de millas, quizá tres. Hacia las doce, nos recogerán en unas lanchas que nos llevarán a un pesquero. Tengo la impresión de que vamos a recibir instrucciones concretas.

—Espléndido. Mientras tanto, yo…

—Brigitte, no me obligues a arrepentirme de haberte llamado. Quiero que te quedes tranquilamente en la posada, viendo la televisión, o algo así.

—Eso es muy adecuado para una ancianita —suspiró *madame* —. Está bien, mi amor, no quiero que sufras por mí. Esta noche me quedaré en casita. Te envío besos.

—Recibidos —gruñó Número Uno.

Y cortó la comunicación.

Capítulo IV

Hacia las siete de la noche, tres de los científicos de la granja aparecieron en *Sun Inn*, con gestos alegres y frotándose las manos. Thelma acudió a recibirlos, obsequiosa, y, desde su sillón donde estaba esperando para cenar, *madame la Duchesse* quedó pronto al corriente del significado de aquella visita: por la mañana, el científico de más edad había telefoneado a la posada, avisando a Thelma que aquella noche irían tres a cenar, y que deseaban la cena más estupenda posible, pues estaban hartos de los platos de la granja. También comprendió *madame* que esto era corriente entre todos los empleados en la granja, así que era lógico que nadie concediese importancia al asunto.

Sin embargo, *madame* sí le concedió importancia. Por la mañana, el mayor de los tres científicos recién llegados había llamado a Thelma. Y después, ésta había ido a visitar brevemente a John Charles Buchanan. Brevemente: el tiempo justo de dar un recado. Ese recado podía ser advertir a Buchanan de que esa noche debía darse una vuelta por *Sun Inn*. ¿O no? ¿Se estaba equivocando?

Los tres científicos ocuparon una mesa poco después, y *madame* se acomodó ante otra que le permitía observarlos, sobre todo al mayor de ellos, que era quien había llamado a Thelma, según había entendido… Era un hombre de casi sesenta años, rostro menudo, adornado con una barbita entrecana. Llevaba lentes, tras los cuales sus ojos claros aparecían infinitamente cansados. No podía dar más el tipo de científico laborioso, de hombre que ha dedicado toda la vida a la investigación. Los otros dos eran algo más jóvenes, parecían estar pasándolo muy bien, y sus elogios a la cena fueron abundantes y sinceros, para satisfacción de Thelma…, que también estaba bajo el implacable microscopio de *madame*, quien, aunque

parecía un poco sorda y distraída, tenía un oído superprivilegiado, lo cual le estaba resultando de gran utilidad.

Oyó el comentario de que, tras una magnífica cena, se imponía un buen café y luego una copa, y, antes de que los tres hombres se dirigiesen al salón, lo hizo ella, ocupando, por supuesto, el sillón más estratégicamente situado. Muy poco después, entró Número Uno, tan hermético como siempre. Era el cliente menos comunicativo de *Sun Inn*. Con él iba uno de sus tres compañeros, y se sentaron ambos cerca de *madame*, para ver la televisión. Los otros dos entraron poco después. Luego, los tres científicos. Después, un joven matrimonio que parecía en luna de miel…

Madame también pidió coñac, y se dedicó a consumirlo a lentos sorbitos, absorta en la televisión, al parecer. Pareció no darse cuenta siquiera de que, hacia las nueve, Número Uno y los otros tres aventureros abandonaban el salón.

Poco después, los dos científicos más jóvenes se pusieron en pie, y sus palabras, aun pronunciadas en tono bajo y pese a la molestia de la televisión, llegaron a los finísimos oídos de *madame*: ellos dos regresaban a la granja, y el otro, el de la barbita, se quedaba un rato más. Los dos que se iban tomarían un taxi, y el de la barba regresaría en el coche de ellos.

Una prieta sonrisa apareció un instante en los pálidos labios de *madame*.

«O soy una pobre tonta —pensó—, o el amigo Buchanan no tarda en aparecer por aquí a tomar una copa ni siquiera cinco minutos».

No era tonta.

Ni siquiera habían transcurrido los cinco minutos cuando el pastor luterano apareció en el salón, acompañado de Thelma, con la que cambiaba unos amables saludos…

«Y ahora —siguió pensando *madame*—, se sorprenderá muy agradablemente al ver al de la barbita…».

—¡Profesor Mc Phoster! —exclamó Buchanan—. ¡Qué grata sorpresa! Thelma, por favor: ¿quiere llevar mi copa a la mesa del profesor?

Éste se había puesto en pie, sonriente, y tendió su mano a Buchanan, que tras estrecharla, se dispuso a sentarse. Entonces fue cuando vio a *madame*. Parpadeó, sorprendido. Luego, sonrió de

aquel modo tan bondadoso, mientras efectuaba una inclinación de cabeza a la anciana, que correspondió del mismo modo, un poco «turbada», y se dedicó de nuevo a la televisión.

Pero pocos minutos después, convencida de que el tono de voz de ambos hombres no podría ser captado por ella, y considerando que el haberse sentado casi de espaldas a ella Buchanan no podía ver el movimiento de sus labios, ni los de Mc Phoster, al que ocultaba con su cuerpo, *madame* se dispuso a abandonar el salón.

Poco después entraba en su dormitorio, cerraba la puerta con llave, y se acercaba a echar un vistazo al exterior, por la ventana. Asintió con la cabeza, y luego comenzó a quitarse el disfraz de *madame la Duchesse* de Montpelier.

No le gustaba faltar a la promesa a Número Uno, pero… le iría bien dar un paseo.

Al volante del coche, el profesor Mc Phoster quedó boquiabierto por la sorpresa cuando aquella joven apareció en el camino, ante los faros de su coche, cojeando y llevando en una mano lo que parecía una pequeña maleta… La muchacha movía en alto el otro brazo, tras detenerse, y Mc Phoster hizo lo mismo: paró el coche, se apeó y corrió hacia la joven de largos cabellos rubios, a la que encontró tiritando de frío bajo el grueso chaquetón.

—¡Señorita! ¿Qué le ocurre? ¿Puedo…?

—Gracias a Dios —jadeó ella—. Iba hacia el aeropuerto, pero el coche se ha salido del camino… ¡No sé cómo ha podido ocurrirme!

—Venga a mi coche —la tomó Mc Phoster del brazo—. Hay calefacción, y podrá descansar. ¿Dice que iba hacia el aeropuerto?

—Sí… Tenía que estar en Londres mañana temprano… ¡Oh, no voy a poder conseguirlo, ya no hay tiempo…!

—Lo intentaremos —se ofreció amablemente Mc Phoster—. Con cuidado… ¿Se ha hecho daño?

—En la rodilla… Gracias… Gracias, señor… Es absurdo que me haya ocurrido esto. Hace años que conduzco, iba tan tranquila…

—Son cosas que pasan —se acomodó Mc Phoster ante el volante —. Lo importante es que no ha resultado herida de gravedad.

—Sí, menos mal… Pero mi rodilla…

Mc Phoster miró instintivamente hacia allí, sin alterarse lo más mínimo cuando la bella joven alzó sus faldas, dejando al

descubierto una pierna bellísima, sensacional, increíble… Subió tanto las faldas que dejó al descubierto la pistolita que llevaba adherida al muslo con una tira de esparadrapo. Entonces sí se sorprendió Mc Phoster, pero… ya era tarde. La pistolita quedó apuntando a su cabeza, entre los dedos de la rubia.

—Pe-pero…

—Siga, profesor Mc Phoster. Como si fuésemos al aeropuerto. Pero no llegaremos allá.

—Escuche, usted no tiene…

—En marcha, o lo mato ahora mismo.

Mc Phoster tragó saliva y arrancó. Junto a él, la «dolorida» jovencita lo miraba con una atención escalofriante, inexpresivo el rostro.

—A la derecha —dijo poco después.

—Pe-pero no hay camino…

—A la derecha. Y apague las luces.

Mc Phoster sacó el coche de la carretera, y fueron rebotando hacia la derecha, en plena oscuridad. Era como ir perforando una masa negra, lúgubre, tenebrosa, que los fuese absorbiendo. Unas pocas estrellas por entre jirones de bruma eran toda la iluminación; justa la imprescindible para ver los contornos del morro del coche.

—Nos vamos a matar —jadeó Mc Phoster.

—No creo. Siga adelante. Despacio: tenemos toda la noche por delante.

Por fin, tras rebasar una diminuta loma, la joven ordenó a Mc Phoster que parase, y que apagase el motor. El silencio fue completo entonces, terrible. El viento silbaba por encima del coche, como un gemido sin fin.

—Encienda la luz.

Mc Phoster dio la luz del interior, y los pequeños cristales laterales adosados a los montantes de las portezuelas se iluminaron. En comparación a la oscuridad del exterior, aquellas pequeñas luces resultaban poco menos que deslumbrantes.

—Creo que éste es un buen lugar para conversar con tranquilidad, profesor Mc Phoster.

—Pero no… no entiendo… ¿De qué tenemos que conversar…?

—Veamos… Si mis informes son correctos, John Charles Buchanan está reclutando hombres de acción. Por el momento, ha

conseguido ya unos veinte, que alguien le está enviando desde el continente. Llegan aquí, hablan con él, y se disponen a esperar. También Buchanan espera… Y esta mañana, usted llama a la *Sun Inn*, le dice a la posadera que esta noche irá a cenar allí, y ella comprende. Así que va a avisar a Buchanan, el cual, cuando usted ya ha quedado solo, aparece en la posada, en el salón, y los dos se ponen a charlar, en voz bajísima. Aparentemente, para no molestar a los que están viendo televisión. Pero yo creo que es por algo más. Ustedes tienen que acudir a la cita con esos hombres, que serán recogidos en un pesquero en la costa oeste de la isla. Mientras tanto, usted regresa a la granja, y como yo sé que eso es lo que hará, decido esperarlo en el camino, recurriendo a un inocente truco. Así las cosas, dejaremos por el momento a Buchanan y a esos veinte hombres, y conversaremos nosotros. ¿Hay algún error, profesor Mc Phoster?

Éste contemplaba con expresión desorbitada a la rubita de las piernas sensacionales. Estaba lívido, desencajado el rostro.

—¿Cómo… cómo sabe usted…? —jadeó.

—Tengo oídos en todo el mundo, profesor. La noticia de ese… reclutamiento de gente peligrosa llegó hasta mí, y me dije que algo no andaba bien. Según parece, el señor Buchanan ha reclutado a hombres que, tiempo atrás, se dedicaran al espionaje de acción, si bien la mayoría de ellos tuvieron que dejarlo, por ineptos. Hay un caso concreto en este sentido: el de Clark Coleman, que fue agente del MI5 hace un tiempo. En cierta ocasión estuve a punto de matarlo… ¿Sabe a cuál de sus hombres me refiero?

—¿Mis hombres? Escuche, yo no…

—Ya sé que ellos han sido enviados a Buchanan, pero he comprendido que usted dirige a Buchanan. Eso es evidentísimo. Lo que no sé con seguridad es lo que está tramando usted en la granja…, y eso es precisamente lo que quiero que me diga.

—Pero en la granja sólo estamos haciendo pruebas de…

—Está perdiendo el tiempo. Sé que hay subterráneos en esa granja, profesor. Las alambradas deben estar conectadas a la red eléctrica durante la noche, deben disponer de puestos de vigilancia visual y, además, no me sorprendería que tuviesen circuitos de televisión, radar y otras menudencias. Todo ello, perfectamente camuflado, claro está. Hay que ser discretos con una fábrica…

clandestina de armamento, ¿no le parece?

—¿De… de… de ar-ar-arma… mento…? —tartamudeó Mc Phoster.

—Uno de los hombres que están en ese subterráneo se llama Seymour Folkers; es un técnico de los más importantes de Estados Unidos en la construcción de balística intercontinental nuclear. No me diga que está ahí aprendiendo a cultivar tomates. La teoría que puedo admitir es que, bajo ese disfraz de granjeros, ustedes están dedicados a la fabricación de armas. Posiblemente sea una colaboración angloamericana, y, por supuesto, en tal caso, Estados Unidos ha enviado a uno de sus mejores hombres. Están construyendo algo… Y sea lo que sea, usted está… realizando su propia jugada. ¿Correcto?

Mc Phoster parecía a punto de desvanecerse. Sus ojos no podían estar más abiertos, más desorbitados.

—¿Quién… quién es usted? —acertó a jadear.

—La pregunta tonta de siempre —suspiró la rubia—. Pero como entiendo que usted es un traidor a ese… consorcio angloamericano, y los traidores nunca sobreviven a una entrevista conmigo, se lo voy a decir. Aunque no sé si habrá oído mi nombre antes: Baby.

Definitivamente, pareció que los ojos de Mc Phoster fuesen a saltar de las órbitas. Y, de pronto, lo inaudito: su rostro se relajó, de su pecho brotó un grandioso suspiro, en sus facciones apareció tal gesto de alivio y de alegría, que la espía quedó absolutamente desconcertada.

—¡¿La agente Baby, de la CIA?! —Casi gritó Mc Phoster, alegremente.

—Sí… —ella entornó los ojos—. En efecto. ¿Ha oído hablar de mí?

—¡Claro que sí! Pero… ¡por Dios, esto es fantástico, es maravilloso, es…!

—¿Qué es lo fantástico y maravilloso?

—¡Que usted esté aquí! ¡Claro…! ¡Tiene que ser usted, no puede ser otra! Bendito sea Dios… ¡La de veces que he pensado en usted! Quería avisarle, pero no sabía cómo hacerlo, salvo por medio de la CIA, y eso no podía ser…

—Profesor Mc Phoster —susurró fríamente la espía—: temo que su alegría por verme no esté en absoluto justificada. Usted es un

traidor, y yo siempre, siempre, elimino a los traidores. ¿No lo sabía?

—Sí —pareció mortificado Mc Phoster—. Lo sabía. Lo sé… Y tiene usted razón: soy un traidor… Pero usted, si en realidad es Baby, va a ayudarme a cometer esa traición.

—¿Está loco?

—No. Usted va a ayudarme… Usted me ayudará a cometer una traición contra Inglaterra y Estados Unidos. Si se niega —Mc Phoster la miró mortecinamente—, sabré que no es usted Baby. O que todo lo que he oído sobre usted no son más que mentiras.

Capítulo V

Durante unos segundos, Baby estuvo mirando a Mc Phoster, descartando muy pronto la posibilidad de que estuviese loco. No. No lo estaba. En aquellos momentos parecía un niño que acaba de recibir la noticia que más podía aliviarle y alegrarle: que tenía ante él a la más mortífera e implacable espía del mundo, la que jamás perdonaba la traición. Y sabiendo esto, tras admitir que él era un traidor, aseguraba que ella le iba a ayudar…

—¿Qué es lo que ha oído usted sobre mí? —murmuró por fin.

—Que su labor de espía tiene siempre el mismo objetivo: la paz.

—Cierto. ¿Qué más?

—¿Más? Para mí es suficiente. Mire, hay espías que trabajan por dinero o por idealismo, pero siempre en beneficio de un bando determinado. Puede ser Inglaterra, Rusia, Francia, Estados Unidos, Alemania, Egipto… No importa: siempre dedican sus esfuerzos a beneficiar a su bando, caiga quien caiga. ¿Es así?

—Por desgracia sí.

—Pero el caso de usted es distinto. Usted sólo tiene un bando: la humanidad. Y por el bien de la humanidad, su trabajo, siempre, en todo momento, persigue como único objetivo la paz. ¿Cierto?

—Cierto.

—Entonces, usted va a ayudarme a sacar de Chapman Bay Base la…

—¿Chapman Bay Base?

—Es el nombre clave de los subterráneos de la granja. Hace más de un año que estamos trabajando ahí varios técnicos ingleses y americanos, en colaboración. Por desgracia, estamos finalizando con éxito nuestra labor. ¡Nunca debimos empezarla, nunca…!

—¿Qué labor es ésa?

—Usted tiene que ayudarme a sacarla de ahí, a hundirla en el mar para siempre, a…

—¿Quiere decirme de una vez a qué se está refiriendo?

—A la *World Bomb*.

—¿La… Bomba Mundial? —Respingó Baby.

—Sí. Por Dios, usted no puede imaginarse lo que es eso, Baby… Nadie en el mundo puede imaginárselo. Mire, excepto Seymour Folkers y yo, los demás creen que están construyendo una bomba atómica más o menos poderosa, pero… similar a las ya existentes, en cuanto a poder de explosión.

—¿Y no es así?

—No —Mc Phoster parecía alucinado—. Santo Dios, no, no es así. Es… ¿Cómo se lo explicaría en términos corrientes…? Digamos que es la… revitalización de las partículas atómicas ya quemadas… ¿Lo entiende?

—No demasiado.

—Es como… como si una bomba atómica recién explosionada, se fuese… alimentando de su propia explosión, de su propio calor… Primero, estalla normalmente, de acuerdo a todos los convencionalismos de cualquier bomba atómica. Luego, esa energía se tendría que consumir; no lo hace así, sino que crea otra vez su propia energía, de modo que se produce una explosión doble una fracción de segundo después que la primera explosión… A esa explosión doble de partículas combustionadas, sucede también, una fracción de segundo después, otra explosión, ahora cuádruple; luego, la explosión es ocho veces mayor que la inicial. Y después, dieciséis veces, y después treinta y dos veces, y después sesenta y cuatro veces… Y cada explosión, la energía atómica de las partículas combustionadas va en aumento, extendiéndose, creando más y más poder atómico con todas sus consecuencias… Esa bomba atómica, que lanzada en el centro de… Moscú, por ejemplo, destruiría normalmente la capital rusa y sus alrededores en un radio de cincuenta o sesenta millas, se va… procreando a sí misma con rapidez vertiginosa, doblando su potencia, cuadruplicándola luego… Es como… si arroja una piedra en un estanque: a la primera circunferencia en el agua, sucede otra, y otra, y cada círculo va creando otro, y éste otro, y éste otro… En veinticinco segundos, la World Bomb, fuese lanzada donde fuese, se extendería por todo el mundo. En veinticinco segundos, el planeta Tierra sería sólo una… una bola de tierra quemada, sin el menor rastro de vida. ¡En

veinticinco segundos!

Mc Phoster se pasó una manga por la frente, enjugando las gotas de sudor que habían aparecido en ella. Baby lo contemplaba con expresión entre incrédula y aterrada.

—Usted está… realmente loco —dijo por fin, con voz ronca.

—Sí… Lo he estado hasta hace unas semanas. Estuve loco al proseguir esa clase de investigaciones nucleares que nunca debí iniciar… ¡Un maldito loco! Pero ya era tarde… Mi Gobierno tuvo noticias de esas investigaciones mías, y me… presionaron antes de que yo pudiese intentar ocultar mis avances. Ha sido una especie de… secuestro. Me confinaron en unos laboratorios, al sur de Inglaterra, durante unos meses. Luego, me llegó la noticia de que el norteamericano Seymour Folkers estaba caminando por ese derrotero científico paralelamente a mí. Y muy poco después, Estados Unidos e Inglaterra habían llegado a un acuerdo: se procedió a una entrevista entre Folkers y yo, cambiamos impresiones y teorías… Estuvimos una semana juntos, y luego… fue construida Chapman Bay Base. Hace un par de meses, Folkers y yo comprendimos que estábamos llegando al final. Él está contento, pero yo… no puedo dormir. ¡No podré soportar haber puesto en marcha un horror semejante! No quiero seguir, no quiero terminar ese trabajo, no quiero que ni su país, ni el mío, ni ningún otro, pueda disponer de ese engendro maldito de Dios —las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Mc Phoster, incontenibles—. ¡No puedo permitir que la Word Bomb esté en manos de nadie! ¡Quiero destruirla, hacerla desaparecer, borrarla de mi mente!

Se detuvo, ahogado en su propia vehemencia, fijos sus ojos llenos de lágrimas en la espía internacional, que tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Tranquilícese… —musitó—. Si todo eso es verdad, va a tener la ayuda necesaria, profesor. ¿Cuáles son sus propósitos?

—¡Destruir la World Bomb!

—¿De qué modo? ¿Es eso posible?

—Sí… Sí lo es, ahora que todavía no está montada. Tenemos todas las secciones, pero falta el dispositivo central… Folkers aún no se ha dado cuenta de que yo estoy retrasando lo máximo posible el trabajo, pero a él no podré seguir engañándolo durante mucho más tiempo. Por eso, entre Buchanan y yo hemos decidido… hacer

desaparecer la bomba. ¡Usted tiene que ayudarnos! ¡Si es Baby, yo estoy seguro de que…!

—Por favor, cálmese —insistió ella—. Ya le he dicho que si compruebo que todo eso es verdad, sus planes van a contar con mi apoyo incondicional, profesor.

—¡Si comprueba que todo es verdad…! ¿Y cómo va a poder comprobarlo? ¿Acaso espera que la CIA o el Pentágono van a informarla a usted de la existencia de la *World Bomb*? ¡Es un *most secret*! Y dudo mucho que ni siquiera a usted le facilitasen esa clase de información.

Baby reflexionó unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

—Sí… Creo que tiene razón. Precisamente, a mí sería a la última persona que los de la Central pondrían al corriente sobre este asunto, porque me conocen bien, y temerían con mucha lógica que la cosa no me gustase. Ya les desbaraté en cierta ocasión un plan importantísimo sobre cierto proyectil[1]… Sin embargo, mis canales de información son diversos… y de gran eficacia.

—No hay tiempo… ¡Ya no hay tiempo que perder, Baby! Folkers se dará pronto cuenta de que estoy retrasando el final, y eso sería catastrófico: me retirarían de Chapman Bay Base, y entonces sería imposible sacar la bomba de ahí, se lo aseguro. En cambio, si nos apresuramos, todo el plan puede…, ¡debe salir bien!

—¿Cuál es ese plan?

—Hundir la bomba en el mar. Lo hemos estudiado muy bien, y es posible…

—¿En qué parte del mar? ¿En la Cuenca de Noruega?

—Sí —Mc Phoster la miró vivamente—. ¿Cómo ha podido saber eso?

—Es fácil: la Cuenca de Noruega está a pocas millas al norte de las Shetland. Y es un buen lugar: aguas heladas, profundidad de más de dos millas, cerca de las Shetland para poder llegar antes de que pudieran alcanzarles… No está mal, profesor. Pero, al parecer, no han contado ustedes con la alarma que sin duda existe en Chapman Bay Base. Supongo que, aunque nadie la ve, debe existir un sistema de vigilancia y protección muy importante.

—Desde luego. Pero esperamos tener tiempo de burlar esa vigilancia, de llegar a la Cuenca de Noruega antes de que la R. A. F. tenga tiempo de reaccionar.

—Explíqueme todo eso con exactitud.

—Si usted ha visto la granja, habrá comprendido ya que las alambradas son menos inocentes de lo que parecen: durante la noche están electrificadas. Luego, hay cuatro torretas que emergen del suelo, también durante la noche: cada una de ellas dispone de cámara de televisión y de potentes focos que pueden ser encendidos desde abajo, de tal modo que iluminaría no sólo los terrenos de la granja, sino los alrededores en un radio de casi media milla. Aparte, en el centro, hay un sistema de radar, cuyo operador está en contacto directo con una base de la R. A. F en Escocia. A la menor señal de alarma, dos escuadrillas saldrían de allí a toda velocidad, y no tardarían en llegar más de ocho minutos…

—¿Y en estas condiciones piensan ustedes conseguir su objetivo? —se sorprendió Baby—. ¡Vamos…!

—¡Se puede hacer! Tenga en cuenta que yo estaré dentro de la base, abajo. Y desde allí facilitaré las cosas. Lo he estado estudiando todo muy bien estos días… Puedo desconectar la electricidad de la alambrada, inutilizar las cámaras de televisión y las luces, y anular el radar durante más de una hora…

—¿Está bromeando? ¿Cómo podría conseguir eso?

—Bueno —sonrió jubilosamente Mc Phoster—, usted olvida que soy un experto en armamento, Baby. En toda clase de armamento. Durante estas últimas semanas, me he dedicado a la fabricación de gas narcótico, y… dispongo del suficiente para dormir a todos los ocupantes de la base en menos de un minuto. Con lo cual, toda la base estaría a disposición de Buchanan y los hombres que ha contratado. Y no olvide que yo habría desconectado todos los sistemas de seguridad, vigilancia y alarma.

—¿Acaso usted no sería afectado por ese gas?

—He prevenido esa contingencia construyéndome también una mascarilla; es un poco rudimentaria, pero servirá para el caso. Primero, los duermo a todos. Luego lo desconecto todo y abro la entrada a la base subterránea. Luego, el trabajo es de Buchanan y los demás.

—¿Y usted?

—Oh, yo caería bajo los efectos de una pequeña dosis de ese gas en cuanto hubiera terminado mi cometido. Buchanan y los demás me llevarían con ellos, así como Folkers y algunos más. Iríamos

hacia la costa y nos colocarían en un pesquero. A ese pesquero llevarían también la World Bomb, en secciones, utilizando nuestros coches, a los cuales se les colocarían rejas en el techo. Luego, el pesquero se haría a la mar, y, al llegar a la Cuenca de Noruega, naufragaría, de modo que la bomba se iría al fondo: dos millas de agua helada, como usted ha dicho. ¡Jamás podrían recuperar la bomba!

—¿Y ustedes, los hombres que irían en el pesquero?

—Nos salvaríamos con botes. Buchanan y los suyos serían recogidos en dos lanchas y llevados a Noruega, desde donde cada cual regresaría por sus propios medios a sus domicilios. En cuanto a mí, y a Folkers y los demás, seríamos unos desafortunados náufragos, y tarde o temprano nos recogerían.

—¿No hay planos sobre la World Bomb, o algo que…?

—Eso también está previsto: se hundiría todo con la propia bomba.

—Pero ustedes serían rescatados, pondrían a su disposición otra base parecida, y tendrían que proseguir su trabajo.

—Yo, no. Me negaría a ello, como… objetor de conciencia.

—Quizá eso no les gustase demasiado, profesor.

—Una vez hundida esa bomba, pueden hacer lo que gusten. No contarán conmigo para nada. Si quieren construirla, tendrán que hacerlo sin mí.

—Lo harían contando con Seymour Folkers.

Mc Phoster sonrió astutamente.

—Él solo no lo conseguirá nunca.

—¿Está seguro?

—Por completo. Folkers sabe muy bien lo que estamos haciendo, y está capacitado para secundarme. Pero, sin mi colaboración y sin los planos, tardaría años y años en llegar a una salida del lío en que se iba a meter.

—Entiendo. El plan no es malo, en líneas generales. Y vale la pena intentarlo aunque sólo sea para retrasar unos años la puesta en marcha de ese… artefacto.

—¿Va a ayudarnos? —exclamó Mc Phoster.

—Hay un detalle que ustedes han olvidado —murmuró la espía más astuta del mundo—: en cuanto los de la R. A. F notasen la inoperancia del encargado del radar en Chapman Bay Base la

alarma cundiría con la misma efectividad que si éste enviase un mensaje.

—No. El contacto es directo, desde luego, pero se realiza de hora en hora. Hemos calculado el tiempo al segundo, se lo aseguro: necesitaríamos treinta y seis minutos para sacar las secciones de la World Bomb, cargarlas en los coches, llevarlas a la costa y trasladarlas al pesquero con las pequeñas grúas que Buchanan ha conseguido. Es decir, que nos sobraría tiempo si la acción la realizábamos después del contacto de cada hora entre el radarista y la R. A. F.

—Treinta y seis minutos… —murmuró Baby—. Supongamos que hay algunos pequeños fallos, y que esos treinta y seis minutos se convierten en cuarenta y cinco. Hay que contar con ese margen. Así que, cuando los cazas de la R. A. F. despegasen de Escocia, ese pesquero llevaría tan sólo quince minutos de navegación… Imposible. No llegaría jamás a la Cuenca de Noruega.

—¿Lo hundirían? —sonrió Mc Phoster.

—Con toda seguri… —Baby parpadeó y también sonrió—. Oh, entiendo: si lo hunden, mejor, ¿no?

—Por mi parte, estoy dispuesto a correr ese riesgo con tal de que la World Bomb no pueda ser utilizada por nadie ni siquiera como amenaza. Y hay otro detalle, Baby: durante esos quince minutos de navegación estaríamos ya lejos de las costas de las Shetland, y podríamos navegar sin una sola luz. Dudo mucho que esos cazas pudiesen localizar un pesquero en la oscuridad… Eso aparte de que primero tendrían que comprender lo que ha pasado… y llegar a la conclusión de que debían buscar un pesquero, saber cuál es ese pesquero, pedir instrucciones… Nadie podría impedirnos llegar a la Cuenca de Noruega.

De nuevo permaneció pensativa Baby unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Tengo que admitir que parece factible. ¿Este plan… es idea de usted, profesor?

—De Buchanan, en su mayor parte.

—Admirable pastor de almas. ¿Cómo se puso en contacto con él?

—Él se puso en contacto conmigo.

—Ah… ¿Cuándo y cómo?

—Al poco de llegar nosotros a las islas. Acudíamos a cenar a Lerwick, y una noche, sin saber cómo, me lo encontré cenando en una mesa al lado de la mía. Charlamos unos minutos, nos vimos una semana después… Él me dijo, entre otras cosas, que había encontrado un sitio mejor para comer, y mencionó *Sun Inn*. Yo lo dije a mis compañeros de la base, probamos allí la semana siguiente, y, en efecto, la comida es estupenda… Buchanan va allí casi siempre, así que nos veíamos con frecuencia. Y así, comenzamos a charlar… Yo empezaba a estar ya preocupado por entonces, y él se dio cuenta. Es un hombre de gran perspicacia, de mucha humanidad y bondad… Fue muy discreto, pero, poco a poco, fui confiando en él, y… Bueno, no sabría decirle con exactitud cuándo y cómo empecé a confiar en él, pero así fue. Está tan horrorizado como yo.

—Ya. ¿Y la posadera?

—¿Thelma? Bueno, ella nos sirve de enlace, y así yo no tengo que llamar directamente a Buchanan. Los teléfonos no son automáticos, así que alguien podría… captar algo en nuestras conversaciones; de modo que, cuando tengo necesidad de hablar con Buchanan, llamo a Thelma, le digo que esa noche iré a cenar con dos o tres compañeros, y ella comprende.

—¿Cómo apareció ella en escena?

—¿Qué…? Pues no sé… Bueno, ya se lo he dicho: Buchanan mencionó *Sun Inn*, fuimos allá…

—¿Cuánto hace que Buchanan está en las Shetland?

—No lo sé. Espere… Sí, me parece que alguna vez, conversando, ha mencionado eso… Dos años, aproximadamente.

—O sea, que él está aquí desde antes de que se comenzase a construir la… granja experimental.

—Sí, sí, desde luego.

—¿Y Thelma?

—No sé.

—Yo sí, por casualidad. Lleva aquí poco más de un año, y le compró la posada a tres hermanos escoceses…

—Oiga: ¿por qué hace esas preguntas?

—Por nada —sonrió Baby; miró la pistolita, todavía en su mano, y su sonrisa se amplió, mientras la guardaba—. Profesor, es usted una persona admirable, y tiene garantizada toda la ayuda que yo

pueda prestarle…

—¡Sabía que usted…!

—Espere. Por lo que entiendo, el señor Buchanan no es precisamente un hombre de lucha, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamó Mc Phoster—. Está asustadísimo, muy preocupado, inquieto… Pero le aseguro que no encontrará otro hombre tan bueno y tan decidido como él a privar al mundo de la *World Bomb*.

—Me parece que el mundo podrá pasarse sin ella —se estremeció Baby—. Bien, lo que iba a decirle es lo siguiente: seré yo quien dirigirá esa operación, con dos condiciones.

—Las que usted quiera.

—Una: mis disposiciones serán aceptadas absolutamente. Dos: si alguien intenta engañarme, tendrá que aceptar las consecuencias.

—¿Engañarla? ¡Pero…!

—Ya están advertidos.

—¿Advertidos? Oiga, nosotros…

—Está bien, profesor, está bien… Sólo quería que usted se enterase de que hasta la fecha a mí nadie me ha engañado. Es decir —rectificó—: me han engañado, pero no han podido reír durante mucho tiempo.

—Usted… usted me está… amenazando…

—¿Usted quiere en verdad que esa bomba sea hundida en las frías aguas de la Cuenca de Noruega, para siempre?

—Eso es justo lo que quiero.

—Pues puede considerar que esa bomba ya está en el fondo del mar. Regresemos.

—¿Adónde?

—A donde usted me encontró. Por el camino seguiremos charlando. Por ejemplo: ¿para cuándo tenían pensado realizar el plan?

—Para mañana a estas horas, aproximadamente.

—¿Eso es lo que usted ha estado conversando con Buchanan, antes, en la *Sun Inn*?

—Sí, lo hemos dejado todo a punto de… ¿Nos ha visto allí?

—Así es.

—Pues yo no la he visto a usted, y siempre miro por si…

—No se preocupe por eso. Respecto a realizar el plan mañana a

estas horas, pues… sería conveniente que antes yo charlase con usted y con Buchanan, para quedar enterada de todo.

—Podría usted ir a ver a Buchanan mañana, y él le explicaría cómo ha quedado todo esta noche en el pesquero.

—¿Cómo se llama ese pesquero?

—*Thor*.

—Oh… El antiguo dios mitológico de las tempestades… Bonito nombre. Y esperemos que no sea un presagio. Respecto a hablar con Buchanan en la iglesia, no me parece conveniente. Vaya usted mañana también a cenar a *Sun Inn*, y que él acuda. Como hoy. Los veré allí, y tomaremos las últimas decisiones. Mientras tanto, será mejor que no intente ninguna clase de comunicación directa con Buchanan.

—Lo que usted diga.

—Así ha de ser —sonrió la espía más astuta del mundo—. Vamos a ver: ¿qué más puedo preguntarle, qué más…?

—¿Qué más? —Gruñó Número Uno—. Podías haberle preguntado de dónde ha sacado dos millones de dólares para pagarnos a nosotros.

—Lo hice —sonrió Baby.

—¿Y cuál fue su explicación?

—Fortuna personal.

Número Uno se quedó mirando atentamente a Brigitte, que, tendida junto a él, lo miraba sonriendo como divertida.

—Ya sabes que no suelo reír las bromas que no comprendo —refunfuñó por fin el espía.

—En realidad, mi amor, ríes tan poco que a veces temo que vas a enfermar. ¿No sabes que la risa es una de las mejores medicinas del mundo?

—Dime algo que cause risa, y reiré.

—No deberías ser tan serio. Aunque —recapacitó graciosamente la divina espía—, a mí los hombres que siempre están riendo me parecen un poco tontos. Como Frankie, por ejemplo. Me gusta que seas tan serio.

—Menos mal.

—Sin embargo, estoy segura de que esta vez voy a conseguir hacerte reír: ¿sabes a cuánto asciende la fortuna personal del

profesor Mc Phoster?

—No.

—Sesenta mil libras.

El espía número uno del mundo entornó los ojos.

—O sea, ciento cincuenta mil dólares, más o menos. Hasta dos millones, faltan algunos centavos… ¿De dónde los sacará?

—De ninguna parte. Entiendo que os han dado esta noche cinco mil dólares de anticipo, ¿no es así?

—En efecto.

—Pues eso será todo.

—¿No nos pagarán los noventa y cinco mil dólares restantes?

—No, porque no los pueden reunir de ninguna manera entre Mc Phoster y Buchanan.

—O sea, que esos dos pobres chiflados están tomándole el pelo a veinte hombres capaces de todo.

—Así es, mi amor.

Número Uno estaba entre incrédulo y divertido. Por fin, una amplísima sonrisa apareció en su boca de cepo.

—Por el cielo —casi rió—. ¡Jamás tuve noticias de imprudencia semejante!

—Espero que no seas demasiado malo con ellos por esta pequeña estafa, mi amor.

—En lo que a mí concierne, cinco mil dólares es un precio magnífico por no aburrirme, pero… me parece que los otros tipos no se tomarán la cosa con la misma filosofía. Cuando sepan que no van a cobrar nada más…

—Supongo que Mc Phoster y Buchanan están dispuestos a afrontar ese asunto. En realidad, están dispuestos a todo con tal de que esa bomba vaya a parar al fondo del mar. Es lo único que les importa.

—Pues debería importarles, por lo menos, su propia vida.

—Yo me ocuparé de esa parte. Es decir, lo harás tú.

—¿Yo?

—Sí. Tendrás que marcharte de la isla.

—No.

—Cualquier día, mi amor, vas a conseguir que me maten.

—Ignoro adónde vas a llevarme a parar con tu diabólica dialéctica, Brigitte, pero, antes de que empieces con ella, yo quiero

decirte algo, y tú vas a escucharme.

La espía sonrió, besó a Número Uno en la boca, y suspiró:

—Escucho, mi amo y señor.

—No me gusta ese asunto. Y a ti tampoco, lo sé. Está bien claro que hay un parte sucia en él. Por lo que me has contado, la personalidad de Buchanan no puede estar más clara, y no digamos la postura de Mc Phoster. Si pretendes que por no comunicarme tus pensamientos yo me quede como un tonto, sabes que te equivocas. En lo que a mí respecta, me importa un pito que esa bomba la tengan los ingleses y los americanos… o los rusos. Es lo mismo. El país o países que dispongan de ese artefacto habrán ganado la partida del chantaje nuclear actual. Tal como están de equilibradas teóricamente las cosas, Rusia y Estados Unidos tienen que contenerse. Y si uno de estos países consigue la World Bomb terminada, ese equilibrio terminará… Y eso es lo que Buchanan está persiguiendo. Lo que me pregunto es a qué país intenta favorecer entregándole la bomba…

—Pero, mi amor, ¡si quieren hundirla en la Cuenca de Noruega!

—Un chiste sin gracia, amor mío. Mira, igual que yo, tú has tenido que comprender que Buchanan no es lo que parece. Él llegó a Lerwick antes que instalasen en la isla la base ésa, pero, evidentemente, cuando se instaló aquí, ya sabía que eso iba a ocurrir. Ahora, la pregunta es: ¿para quién trabaja Buchanan? Podemos pensar que para los rusos. O para los chinos. Quizá para Francia, Japón, Canadá… Y quizá, para Inglaterra, que quiere que la World Bomb sea… «robada», de tal modo que no tendría que compartirla con Estados Unidos. También puede ser al revés: una jugada de la CIA para robarle su parte de bomba a los ingleses… Sería una cochinada muy propia de la CIA De todo esto se desprende que John Charles Buchanan es un espía. Que esté trabajando para Inglaterra, Rusia, Estados Unidos o… Luxemburgo, poco importa: él quiere la bomba, y no para hundirla en la Cuenca de Noruega. ¿Bien?

—Es terrible discutir contigo —Brigitte volvió a besarlo, ahora en la barbilla—. Pero, claro, tienes razón. Por lo menos, la más elemental lógica así nos lo indica.

—Muy amable por tu parte. En cuanto a Mc Phoster, no sé qué pensar, en realidad. ¿También se ha vendido? Claro que eso no

sería así, en el caso de que la bomba, en definitiva, fuese a parar a manos de los ingleses, en cuyo caso estaría haciendo la gran jugada contra los americanos.

—También puede ser que Mc Phoster sea el único que esté luchando de buena fe por esta causa, mi amor.

—Podría ser.

—Por eso, admitiendo esa posibilidad, no quiero líos. Así que irás a Londres, a buscar dos millones de dólares.

—No tengo tanto dinero en esa ciudad.

—Yo, sí. Es decir, la CIA.

—De ninguna manera tendré tratos con nadie de la CIA Por otra parte, si interviene la CIA en esto…

—Uno, yo te he escuchado a ti. ¿Me escuchas tú ahora a mí?

—Me parece justo. Adelante.

—Pues verás —Brigitte besó a Número Uno en una oreja—, lo que tenemos que hacer es…

A las seis en punto de la mañana, Número Uno abrió los ojos, alzó el brazo y contempló la esfera luminosa de su reloj. Se levantó, y en pocos segundos estuvo preparado para abandonar el dormitorio de *madame la Duchesse* de Montpelier.

Pero antes de eso, se acercó a la cama, encendió una cerilla, y, a la móvil luz amarillenta, estuvo unos segundos contemplando el dulce rostro de la divina durmiente, mientras en el suyo se iba disolviendo la dureza habitual; igual que un pedacito de hielo puesto al sol del trópico, el inflexible gesto adusto del mejor espía masculino de todos los tiempos fue desapareciendo, y, en su lugar, un gesto apacible, sereno, reveló una insospechada faceta del hombre que no quería a nadie ni a nada en el mundo… salvo a aquella muchachita que dormía profundamente. Y, precisamente, por ser lo único que él amaba en el mundo, la idea de perderla ponía siempre aquel enorme nudo en su garganta…

La cerilla quemó sus dedos, y los sacudió, apagándola. Luego, a tientas, llegó con su boca a la de Brigitte…, cuyos brazos rodearon su cuello de inmediato.

Y después del beso, ella dijo:

—No deberíamos amarnos tanto, ¿verdad?

Capítulo VI

—Buenos días, señor Buchanan… ¿Puedo pasar?

John Charles Buchanan estaba estupefacto contemplando a la bellísima muchacha rubia que le miraba con maliciosa simpatía, ante la puerta de su vivienda privada en la iglesia.

Por fin, tragó saliva, y casi tartamudeó:

—La… la entrada a la iglesia es… es por…

—Conozco la entrada de la iglesia. Pero yo quiero hablar con usted, señor Buchanan. Y no me diga que no recibe visitas de señoras. Ayer, recibió usted a Thelma Connors por esta misma puerta. Y esta mañana, lo mismo: hace apenas un minuto que ella se ha marchado. ¿Puedo pasar?

—Pues… Sí… Sí, claro.

Se apartó, y la bella muchacha rubia entró, mirando con indiferencia a todos lados. Apenas Buchanan hubo cerrado la puerta, ella recorrió el corto trecho de pasillo, hacia la sala de estar. Allí ocupó un sillón, dejando a sus pies el maletín rojo con florecillas azules. En el umbral de la sala, Buchanan la contemplaba con preocupación y desconcierto.

—Siéntese —dijo ella amablemente—. Tendremos que charlar durante unos minutos.

—¿De qué?

—Del robo de la World Bomb.

Buchanan respingó y se quedó contemplando con expresión desorbitada a la rubia, que volvió a sonreír.

—No… no sé de qué… me habla…

—Siéntese. Aunque, si lo prefiere, puede antes llamar por la extensión telefónica a la granja experimental. Si bien tengo entendido que todos sus contactos son personales en la *Sun Inn*, o, si utilizan el teléfono, Thelma hace de mediadora. ¿Qué ha venido a decirle esta mañana? ¿Cuál ha sido el recado del profesor Mc

Phoster?

Buchanan se dejó caer en su sillón, por fin, como aniquilado.

—Usted no… no sabe qué está… diciendo…

—Anoche estuve hablando con el profesor Mc Phoster, y llegamos a un acuerdo respecto al plan para esta noche. Yo lo dirigiré. Y no admito objeciones. Quizá haya oído hablar de mí: Baby, de la CIA.

John Charles Buchanan quedó del color de la leche. Abrió su boca, la cerró…

—Parece que sí ha oído hablar de mí —siguió Baby—. Y eso es muy sorprendente en un… pastor de almas.

—Yo-yo-yo… El… el profesor Mc Phoster me… Bueno, él la… la mencionó varias veces, y siempre decía que si pudiese avisarla, que —los ojos de Buchanan volvieron a abrirse desmesuradamente, expresando ahora una gran alegría, de pronto—. ¡Lo consiguió! ¡Pudo avisarla, él ha podido…!

—Cálmese, señor Buchanan. Fui yo quien encontró al profesor, no él a mí. Y, como le he dicho, anoche estuvimos hablando, y llegamos a un acuerdo: yo dirigiré el robo de la bomba. Aceptando su plan, que me parece bastante bueno, claro.

—¿Mi… plan?

—El de llegar en el pesquero lo más cerca posible de la costa, desembarcar en lanchas manejadas a remo, transportar las secciones de la bomba en los coches… Usted ya sabe, ¿no?

—Sí… Sí, sí. Pe-pero… Bueno, el plan, en realidad…, es obra de los dos, del profesor y mía. Yo sólo…

—Es usted muy modesto, para ser tan buen estratega. Pero eso ya no importa. Yo estudiaré a fondo todo el plan, y, si conviene, se efectuarán algunas modificaciones. Pero de eso hablaremos luego. Ahora, hablemos del dinero. Usted y el profesor son unos insensatos al querer engañar a esos veinte hombres: los harían pedazos.

—No nos importa —dijo Buchanan.

—Pero a mí, sí. No es fácil encontrar personas como ustedes, dispuestas a tan gran sacrificio por sus semejantes, por la paz… de equilibrio que tenemos en la actualidad. Así que, al igual que esa paz relativa, quiero conservarlos a ustedes.

En cambio, esa bomba irá al fondo del mar. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro. ¡Eso es lo que queremos nosotros!

Baby movió la cabeza.

—Son un par de formidables chiflados —opinó amablemente—. Dígame una cosa: ¿cómo han hecho intervenir a Thelma en esto? Quiero decir que cómo llegaron a confiar en ella, a hablarle…

—Bueno, hace tiempo que conozco a Thelma. Ella tenía una pequeña casa de huéspedes en Inglaterra, y cuando los hermanos McCoy pensaron en vender la *Sun Inn*, la llamé. Somos viejos amigos, y sé que podemos confiar en ella para estas pequeñas cosas que está haciendo… ¿De verdad es usted esa espía que… que el profesor dice que lo resuelve todo en favor de la paz, y…?

—Podrá comprobarlo. Parece muy sorprendido.

—Bueno, es que… No sé. Parece muy joven, y algunas cosas que el profesor me ha contado, pues…

—Son terribles, ¿no es cierto? Volvamos a lo del dinero: yo les voy a proporcionar dos millones de dólares. Así, no habrá complicaciones con esos veinte hombres. Le aseguro que es lo más conveniente.

—Sí, lo supongo, pero… tanto dinero…

—¿Por qué no ofrecieron menos?

—Pues… queríamos tener los mejores hombres, y… De todas maneras, no habríamos tenido para pagar ni a los peores, así que… preferimos los mejores.

Baby rió, en verdad divertida.

—Eso es inteligente: ya que no podemos pagar ni siquiera un plato de sopa en un restaurante barato, entremos en el más lujoso a pedir caviar, langosta, faisán… y champaña francés. Pero, como le digo, con esa clase de sujetos es mejor no gastar bromas. Así que les pagaremos en la misma costa de Mainland, y que se vayan.

—Pero…

—Señor Buchanan, su plan me parece casi perfecto, y nos ceñiremos a él, menos en lo de llevarnos a esos hombres para que luego lleguen en barcas a las costas noruegas. Es arriesgado e innecesario. Les pagaremos cuando hayan cargado la World Bomb, ellos se quedarán en tierra, y nosotros nos haremos a la mar con la bomba, para llevarla al lugar del hundimiento.

—¿Quiénes somos nosotros? —se interesó Buchanan.

—Usted y yo.

—Pero yo no… no debería ir en el pesquero… Se darían cuenta de mi intervención en esto, y las autoridades inglesas me encarcelarían, o… o me ejecutarían… Si era recogido como náufrago de ese pesquero…

—Tiene razón —reflexionó Baby—. Y me parece absurdo hacerle correr ese riesgo sin necesidad. Entonces… tendré que hacerme cargo yo sola del pesquero.

—Habíamos pensado que esos veinte hombres podrían ocuparse de eso.

—Sí… Pero prefiero que ellos se queden y tomen el primer avión o barco hacia Inglaterra. No, con ellos no podemos contar. Que se vayan: no saben nada de nada. ¿O saben lo que realmente van a robar?

—¡Claro que no!

—Pero le conocen a usted, señor Buchanan. Cuando sepan lo que han robado…

—¿Cree usted que los ingleses o los americanos darán publicidad a eso? —rechazó Buchanan.

—Es cierto… No creo que lo hagan.

—¿Y usted?

—¿Yo? —se sorprendió Baby.

—El profesor Mc Phoster dice que usted es de la CIA, y usted acaba de admitirlo. Estoy pensando que todo esto podría ser un plan de la CIA para…

—Señor Buchanan —cortó la espía—: si la CIA estuviese enterada de esto, ustedes habrían perdido todas las posibilidades de intentar nada. Ya habrían sido… controlados.

—Si la CIA no interviene…, ¿cómo se ha enterado usted de todo esto?

—Tengo mi propio sistema de información mundial. En este caso concreto, uno de mis hombres se ha introducido en su grupo, señor Buchanan, y él ha sido quien me ha puesto al tanto de lo que inicialmente sabía. Luego, yo he seguido por mi cuenta. Ese hombre es el que tendría que ir a Londres a buscar los dos millones de dólares.

—¿Quién es?

—Clark Coleman, el que trabajó para el MI5.

—Ah… Sí, ese sujeto tan hermético… Es un hombre… raro.

—Rarísimo —sonrió Baby—. Un fenómeno. Dígame una cosa, señor Buchanan: ¿cómo ha ido usted encontrando a esos hombres?

—Thelma conocía a un sujeto que llevaba una vida… muy peculiar. Lo mencionó cuando ella, Mc Phoster y yo estábamos hablando de todo esto y comentamos que nosotros solos no podríamos hacer nada. Ella lo llamó. Ese tipo llamó a un amigo suyo…, y la voz se fue corriendo, supongo, porque comenzaron a llegar hombres… de esos.

—Sí… Así se enteró Clark Coleman. ¿Podremos prescindir de él?

—Pues… no creo que un hombre más o menos influya en el resultado de nuestra… aventura.

Baby asintió con la cabeza, tomó el maletín, y de él sacó la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

—¿Clark? —susurró.

—Sí.

—Vete ya.

—Bien.

La espía cerró la radio, la guardó, y volvió a depositar el maletín junto a sus pies, mirando a Buchanan, que parecía admirado, atónito.

—Bien… Tenemos que resolver lo del pesquero, es decir lo de la gente que tendrá que ir en él. Ya que hemos prescindido de esos veinte hombres, y por tanto nosotros no podríamos ser recogidos con lanchas tripuladas por algunos de ellos, hemos convenido que es mejor que usted se quede aquí… Bien. De acuerdo. Ahora, hablemos de lo de llevar al pesquero al profesor Mc Phoster, a Seymour Folkers y algunos otros técnicos… ¿Lo cree necesario?

—Bueno… —vaciló Buchanan—. El profesor y yo habíamos pensado que si hacíamos eso, parecería que él era una víctima más de aquel asunto, que podría parecer un plan ruso para robar la World Bomb y a sus creadores… Eso alejaría todas las sospechas de Mc Phoster y le evitaría muchos problemas, ya que si llegaban a sospechar de él, nadie creería que había hecho eso para hundir la bomba, por remordimientos de conciencia, para evitar que jamás pudiese ser utilizada.

—Sí… Dudo mucho que le creyesen. Sin embargo, señor Buchanan, si complicamos en esto, aunque sólo sea con sospechas, a los rusos, pueden surgir incidentes o discusiones desagradables

entre éstos y los ingleses y los americanos, ¿no le parece?

—No había pensado en ello.

—Pues hay que pensar en todo, amigo mío. ¿Sabe lo que ocurrirá cuando hayamos robado la World Bomb?

—Que irá a parar al fondo del mar para siempre.

—Eso, por descontado. Pero pasarán muchas más cosas: la CIA y el MI5 se lanzarán como lobos detrás de la pista de esos veinte hombres.

—Yo… yo no había… pensado en eso…

—Ni el profesor, por lo que veo. ¿Y querían ustedes que ellos fuesen en el pesquero…? ¡Vamos! Lo mejor es lo que yo le he dicho: que carguen la bomba y se vayan. Ellos sabrán cómo esconderse si las cosas se les ponen feas. ¿Ha sido usted visto con ellos?

—No. Bueno, he hablado con algunos, pero igual que hablo con otras personas. Quiero decir que nadie tiene por qué pensar que esos hombres y yo tenemos algo que ver unos con otros. La reunión importante, anoche, fue en la costa, como ya debe saber.

—Sí. Bien, estupendo… para usted. En cuanto al profesor…, me parece que lo mejor será, en efecto, proporcionarle una gran coartada: me lo llevaré en el pesquero, junto con algunos técnicos más. Será lo mejor. Aunque no es ninguna broma estar haciendo el náufrago por estos mares, señor Buchanan.

—No creo que ese sacrificio le importe al profesor. Estamos dispuestos a otros mucho mayores.

—Me parece admirable. ¡Ojalá hubiese muchas personas como ustedes!

—Y como usted —sonrió Buchanan—. Pero… estoy pensando… Si la CIA se entera de que usted ha intervenido en la destrucción definitiva de esa bomba…

—¿Y por qué vamos a decírselo?

—Yo no, desde luego —respingó Buchanan—. ¿De verdad está usted dispuesta a hacer eso con un arma que daría la absoluta hegemonía a su país?

—Esa bomba, señor Buchanan, no es más que… una posibilidad de exterminación total en el planeta Tierra, según me ha explicado el profesor Mc Phoster. Y si el planeta Tierra desapareciese, no creo que fuese negocio ni hegemonía para nadie.

—Cierto. Si esa bomba llegase a ser lanzada…, ya podríamos

empezar a orar por los muertos…

—Mientras tanto —sonrió la divina espía—, debemos orar por los vivos. Y por si esa oración no diese resultado, haremos algo más. Le veré esta noche en la posada.

Capítulo VII

Durante la cena aquella noche en la *Sun Inn* las cosas sucedieron de modo casi idéntico a la anterior, hasta la hora de ir a tomar el café.

Una de las diferencias consistía en la ausencia del señor Clark Coleman, por el cual, por otra parte, nadie preguntó. La otra fue que el número de compañeros del profesor Mc Phoster resultó mucho más nutrido; lo que, en principio, dificultó el contacto entre el técnico y John Charles Buchanan.

Éste llegó cuando el grupo de técnicos estaban finalizando la cena, se dio cuenta de la situación y, aunque saludó sonriente a Mc Phoster, comprendió que iban a tener dificultades para estar a solas a fin de cambiar impresiones sobre los últimos detalles. Así que, procurando parecer tan jovial y bondadoso como siempre, se dirigió al bar, con la esperanza de que el asunto se solucionase por sí solo y pudiese cambiar las palabras imprescindibles con Mc Phoster.

El asunto no se solucionó por sí solo.

Por fortuna, la intervención espontánea de cierto personaje tuvo mucho que ver en ello.

Y fue la anciana *madame* ese personaje. Se acercó a Buchanan después que éste hubo ocupado un sillón en el bar, y le sonrió.

—Buenas noches —saludó.

Buchanan se puso en pie velozmente.

—Buenas noches, señora.

—Supongo que se acuerda usted de mí.

—Sí, en efecto. Usted es la dama católica que estuvo ayer por la mañana en mi iglesia. También la vi anoche aquí mismo.

—En efecto —sonrió ella, y su voz cambió de pronto—. Esta mañana también hemos sostenido una interesante entrevista, señor Buchanan.

El pastor de almas estuvo a punto de pegar un bote en el sillón

que nuevamente había ocupado, pero una manita de la anciana se posó en su brazo, impidiéndoselo con una fuerza insospechada.

—Por favor, señor Buchanan, no sea tan… expresivo. Esto no es propio de grandes espías como nosotros.

Buchanan contemplaba con expresión desorbitada a la anciana. De pronto se relajó y sonrió de lado, como quien acaba de comprender una extraña frase de una extraña anciana de buen humor.

—Increíble… —susurró—. ¿Es usted?

—Evidentemente, yo soy yo —sonrió también la anciana—. Al menos, según la más elemental lógica. ¿Ha surgido algún contratiempo?

—No… No, no, que yo sepa. Bueno, parece que no será fácil hablar a solas con Mc Phoster esta noche.

—Procuraremos arreglarlo, señor Buchanan. Como dice un refrán español, no hay que ahogarse en un vaso de agua. Por otra parte, todas las cosas tienen una solución. ¡Incluso la hemos encontrado nosotros para enviar una bomba al fondo del mar…! Creo que tomaré coñac. Aunque… no sé: dicen que el *whisky* es un excelente cordial, que el corazón funciona mejor si de cuando en cuando se toma uno su buen trago de *whisky*. Sí: pediré *whisky* para mi viejo corazón.

—Usted no puede ser vieja…

—¿No? Vaya, señor Buchanan, su vista no es muy buena, me parece.

—Es tan buena como esta mañana —sonrió Buchanan—. Y esta mañana vi otra persona muy distinta. Yo creo que cuando va disfrazada es ahora, Baby.

—¡Sssst! Querido amigo, no sea imprudente… Aquí, y ahora, soy *madame la Duchesse*. Y para todo el mundo debo seguir siéndolo.

—Sí, claro…

Madame hizo una seña a Thelma, y le pidió *whisky*, procurando contener su sonrisita al darse cuenta de la preocupación de la robusta y pelirroja posadera, que, naturalmente, estaba convencida de que las dificultades para un contacto adecuado entre Buchanan y Mc Phoster iban aumentando, debido a la presencia de la inoportuna anciana.

Cuando Thelma se alejaba, *madame* miró con expresión

divertida a Buchanan.

—También nuestra inapreciable Thelma está empezando a ahogarse en un vaso de agua. Dígame, señor Buchanan: ¿cumplió parte de nuestro pacto?

—¿Cuál parte?

—La de orar por los vivos. Lo están necesitando mucho… Los muertos, muertos están, y descansan para siempre en paz. Pero los vivos… ¡Ah, los vivos…, cuántas oraciones necesitan para seguir alentando en este sucio mundo!

—Me parece que tiene razón —murmuró Buchanan—. Pero he estado tan preocupado, que no he… recordado lo de las oraciones.

—Mal hecho, mal hecho… Oremos, oremos siempre por los vivos, señor Buchanan… Me pregunto qué sería de ellos si no existiesen personas como nosotros. Oh, ahí viene Thelma, con mi *whisky*. No le diga quién soy, pues quizá gritaría de sorpresa.

—Está bien.

Thelma llegó, en efecto, y depositó el *whisky* en la mesita de oscura madera. Miró a Buchanan, pero éste, que esperaba aquello, había bajado la mirada hacia la alfombra. Luego, la posadera se retiró, cada vez más inquieta.

Y poco después, Mc Phoster y sus compañeros de la granja agrícola experimental aparecían en el salón, haciendo animados comentarios sobre la cena. Algunos de ellos vieron a *madame* con su vaso de *whisky*, y sonrieron, acercándose.

—¿Cómo va su libro, señora? —preguntó uno.

—Oh, muy bien. La trama argumental está completa. En cuanto al escenario, pues… es posible que decida situar la acción en las Shetland, sí.

—Eso nos complacería mucho… ¿De qué va a tratar su libro?

—De asesinos y policías.

—¡Ah! ¡Una novela policíaca!

—En efecto. Espero que cuando se publique acepten algunos ejemplares en la granja. Claro que no soy precisamente Agatha Christie, pero…

—¡Estamos seguros de que lo hará mucho mejor que ella!

—Son ustedes muy amables. También el señor Buchanan me está ayudando mucho. Espero que la tirada de ejemplares sea lo bastante alta para repartir al menos algunos ejemplares entre personas tan

simpáticas como ustedes.

—Su buen humor es admirable, señora —rió uno de ellos—. No se olvide de nuestros, ejemplares.

—No lo haré. Soy una anciana, pero mi memoria es magnífica. Tan magnífica, que no recuerdo haber visto en la granja a aquel de sus compañeros —señaló.

—Ah… El profesor Mc Phoster. Bueno, es posible que él estuviese en el aeropuerto con uno de los coches recogiendo algunos injertos que nos envían desde Inglaterra.

—¿Sí? —*Madame* recapacitó unos segundos—. ¿Les envían esos injertos en cajones grandes, quizá?

—Pues… sí. Sí, bastante grandes.

—Estupendo… Eso serviría para la acción de… Sí, creo que sería estupendo: una granja a la que envían injertos… ¿No podría yo hablar unos minutos con el profesor… Mc Phoster?

—Se lo presentaremos con mucho gusto.

Segundos después, la presentación estaba hecha. Mc Phoster se sentó, a instancias de *madame*, y los demás huyeron de la aburrida charla sobre un tema que tenían más que sabido; a la anciana podían interesarle cómo llegaban los injertos desde Inglaterra, pero ellos preferían charlar alegremente y tomar *whisky*. Mc Phoster miró a Buchanan, que sonreía, irónico.

—Bien, señora —musitó—: usted dirá en qué puedo asesorarla.

—En robar una bomba, profesor.

Previniendo la reacción de Mc Phoster, Buchanan ya le había puesto una mano en el antebrazo. Pero Mac Phoster reaccionó de modo diferente a él: se quedó mirando, turulato, a la anciana, muy abiertos los ojos.

—Dios… —jadeó.

—Claro que, a todos los efectos, nuestra conversación habrá versado sobre el tema de la llegada de las cajas donde van los injertos para la granja. Se trata de que crean que estoy pensando en la posibilidad de que en una de esas cajas llegue un cadáver. Es una novela policíaca, ¿comprende, profesor?

—Sí… Sí, creo… que sí.

—Espléndido. ¿Todo está preparado para esta noche o hay alguna dificultad?

—No… Ninguna. Todo lo he dejado preparado, desde luego.

—En tal caso, parece que nuestra conversación será breve, lo cual es muy conveniente. ¿El gas está a punto?

—Sí, sí.

—¿Conoce bien los sistemas de electrificación de la alambrada? ¿El radar? ¿Las torretas emergentes de televisión y luz…? ¿Todo?

—Todo.

—¿Los planos están listos? ¿Agrupados y listos para ser enviados al fondo del mar para siempre?

—Sí.

—Muy bien. Como supongo que el señor Buchanan no ha podido informarle de ello, le comunico que en el plan de ustedes ha habido un pequeño cambio: despediremos a esos veinte hombres en cuanto hayan cargado las secciones del proyectil… Por cierto: ¿cuántas secciones son?

—Por el momento hemos construido el prototipo con cinco secciones, para facilitar luego su traslado discreto a Inglaterra; más adelante, se procedería a ensamblar el proyectil en sólo tres secciones.

—Mejor que sean cinco. ¿Cuánto pesa cada una de ellas?

—Sin la carga interior, el proyectil, que es de una aleación especial, pesa casi ocho mil libras. Luego, está la carga, que por sí sola, con sus mecanismos, pesa cerca de tres mil.

—Mucho peso es ése para ser transportado en coches corrientes, profesor. Pero supongo que ustedes ya hicieron sus cálculos, y que todo está previsto.

—Naturalmente —intervino Buchanan.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Yo creo que sí —murmuró Mc Phoster—. ¿Qué ha querido decir con eso de que despediremos a esos veinte hombres en cuanto hayan cargado el proyectil?

—Que les pagaremos y se irán.

—¿Les pagaremos? Oiga, ya le dije anoche que…

—Yo aporto el dinero —sonrió *madame*—. Es lo menos que puedo hacer. Me quedo casi arruinada, pero no quiero bromas con esa clase de sujetos.

—Baby —la voz de Mc Phoster se tensó por la emoción—: yo sabía que si usted intervenía…

—Oh, dejemos ya eso. Creo que debe reunirse con sus amigos,

profesor. Y usted, señor Buchanan, pórtese con naturalidad, como siempre. En cuanto a mí, después de terminar este *whisky* y charlar unos minutos más con usted, me retiraré a descansar. Pero, claro, a la hora fijada estaré en la costa, para abordar el pesquero.

—Ah, sí —asintió Buchanan—. Bueno, el punto de reunión es…

—Señor Buchanan, usted olvida que uno de mis hombres está al corriente de todo —sonrió *madame*.

—Tiene razón.

—Muchas gracias por su colaboración, profesor —alzó un poco la voz la anciana—. Le aseguro que ha sido inapreciable.

Mc Phoster murmuró unas palabras, se alzó del sillón, y fue a reunirse con sus compañeros. Poco después, *madame* se retiraba a «descansar», y Buchanan, vaso en mano, se acercaba al grupo de científicos, sonriendo, muy sociable, dispuesto a pasar un rato amable con ellos…, justo cuando *madame*, en el piso de arriba, cerraba la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó *madame*, al oír la llamada a la puerta.

La respuesta sonó muy baja, en el resquicio entre la puerta y el marco:

—Soy Thelma, *madame*. Es urgente que hablemos.

Madame abrió la puerta, y la posadera entró a toda prisa, cerrando en seguida tras ella. Se quedó estupefacta al ver a aquella hermosísima muchacha de grandiosos ojos azules y largos cabellos negros, ondulados, que caían hacia su desnuda espalda. Baby estaba en sujetador y pantaloncitos solamente; sobre la cama, se veía el vestido negro y severo de *madame la Duchesse*, así como la blanca peluca, a un lado. Junto a estas prendas, se veía una peluca rubia, juvenil, un maletín abierto y unos pantalones negros, gruesos, así como un jersey y un chaquetón del mismo color…

Thelma regresó su mirada hacia la mujer más divina del mundo, y musitó:

—Es fantástico…

—Me parece que no tenemos mucho tiempo que perder en asombros, Thelma —sonrió Baby—: ya es bastante tarde. Supongo que todos se han ido.

—Oh, sí… Hace casi dos horas.

—Bien… Estupendo. Pero… ¿ocurre algo inquietante?

—Sí —asintió Thelma—. John Charles me ha llamado para decirme que…

Mientras hablaba, se acercaba a Brigitte Montfort, y, al mismo tiempo, el cuchillo de cocina apareció en su mano derecha, que salió fuertemente disparada, en línea ascendente, hacia el vientre de la espía más peligrosa del mundo.

Respingando, bruscamente pálida, Baby reaccionó como sólo puede conseguirlo quien ha visto su vida en peligro cientos de veces: su cintura se flexionó hacia atrás, alejando el vientre del cuchillo al mismo tiempo que daba un saltito, alejándose aún más, y mientras sus brazos, cruzándose por los antebrazos, encajaban en las muñecas unidas el tremendo golpe propinado por Thelma; un golpe tan fuerte, que, al chocar la muñeca de la posadera con las dos de Baby, el cuchillo cayó al suelo… Pero todavía debía estar en el aire cuando la siguiente acción de Baby demostró una vez más la conveniencia de conocer el judo hasta el cuarto Dan: su brazo derecho giró un poco, su mano asió la muñeca de Thelma, la otra mano asió el antebrazo, y se produjo la brusca torsión, que dio con Thelma de bruces en el suelo, retorcido el brazo, a merced de Baby, que sólo tenía ya que apretar en el codo para producir la terrible luxación, generalmente acompañada de fracturas múltiples.

—Quieta —susurró la invencible espía—. De lo contrario, se va a quedar sin brazo.

Desde el suelo, con una mejilla pegada a éste, Thelma la miraba, de lado, crispado el rostro por la furia y la humillación…, y el miedo. Brigitte miró hacia su maletín, donde tenía la pistolita, y calculó la distancia. Podía hacerlo. Podía llegar allí, recoger la pistolita y mantener a raya a Thelma.

La soltó de pronto, dispuesta a hacerlo…, y Thelma reaccionó con la velocidad y la furia de una vieja pantera, saltando a los pies de Baby y derribándola, pasando acto seguido encima de ella, llevando sus manazas hacia el hermoso cuello dorado por el sol. Sus dedos se hundieron allí, y la vieja pantera, encima de Baby, controlándola con las rodillas en los costados, comenzó a apretar, con una fuerza terrible…

Pero una pantera vieja no tiene grandes posibilidades contra una pantera joven… que además es mucho más peligrosa. En lugar de intentar quitarse aquellas poderosas manos de la garganta, Baby

disparó su puño derecho, con el dedo corazón sobresaliendo como dura punta, hacia el costado de Thelma. Fue como un lanzazo, y la posadera lanzó un ahogado gemido, perdiendo por un instante la presa en el cuello de Baby…, la cual pasó entonces sus dos brazos dentro de los de Thelma, los separó fuertemente, con seco gesto, y ambos brazos de Thelma fueron apartados de la garganta.

Jadeando, babeando, Thelma se dejó caer entonces a peso sobre Brigitte, aplastándola, en una postura que muy bien podría ser una improvisada inmovilización de judo… Y ése fue su error definitivo: la mano derecha de Brigitte se introdujo debajo de la rodilla izquierda de Thelma, y la izquierda sujetó el brazo derecho de la posadera. Luego, con un simple esfuerzo hacia este lado, Thelma quedó volcada, con la pantera joven encima, controlándola, vigilándola igual que una araña puede encarcelar a una mosca entre sus patas…, mientras un brazo de Thelma, que había quedado fuera de aquella especie de jaula, caía sobre el cuchillo.

La posadera lanzó un ahogado grito de triunfo cuando sus dedos asieron el arma, y lanzó el golpe, de costado. Brigitte tuvo que echarse hacia el otro lado, y la brillante hoja de acero falló por apenas una pulgada. Thelma quiso incorporarse entonces, para lanzar su siguiente golpe con más comodidad, de arriba abajo.

Y Brigitte Montfort así lo comprendió. Así que, sin más vacilaciones, sin la menor duda respecto a que su vida valía más que cualquier sorprendente revelación que pudiera hacer Thelma, la espía lanzó su puño izquierdo, cerrado, lateralmente, hacia la sien derecha de Thelma Connors.

¡Chack!, resonó blandamente el golpe.

Y Thelma abrió los ojos, soltó el cuchillo, y volvió a caer hacia atrás, muerta de modo fulminante.

Baby se puso en pie, lentamente. Durante unos segundos, mientras contemplaba el cadáver de Thelma Connors, estuvo escuchando, temiendo que la pelea hubiese alarmado a alguien. Pero, al parecer, en la tranquilísima y acogedora posada, todo el mundo dormía.

Entonces fue hacia el maletín y alzó el cigarrillo que abría la comunicación de la pequeña radio.

—¿Uno? —susurró.

—Dime.

—Voy a ir ahora hacia el pesquero…

Capítulo VIII

Lo distinguió en seguida, apenas llegar al lugar de la costa que le había indicado Número Uno. Podía verse bien, a la luz de las estrellas; el cielo estaba despejado, pero hacía un aire frío, que rizaba el mar casi peligrosamente.

Dos hombres aparecieron ante ella, armados de pistolas, pero ni siquiera tuvieron tiempo de hacer preguntas. Buchanan apareció y se colocó entre ellos y la casi tremolante espía.

—¿Es usted? —bufó—. Ya creía que había ocurrido algo que…

—Todo está bien —cortó Baby, de nuevo convertida en una preciosa rubia de rostro un tanto mofletudo debido a las almohadillas de espuma que llevaba dentro de la boca—. ¿Y aquí?

—Estábamos dispuestos a zarpar hacia el otro lado dentro de cinco minutos.

—¿Sin mí?

—Bueno… Comprenda que…

—Está bien, está bien… Vamos ya.

Poco después, el pesquero se alejaba de la costa de aquel lado de la isla. Tendrían que llegar hasta la punta Sur, esto es, rodear Cape Sumburgh, y luego ascender por el otro lado. De este modo el pesquero podría partir directamente hacia la cuenca de Noruega en cuanto las secciones de la *World Bomb* y sus mecanismos, carga y planos estuviesen a bordo.

Mientras duró la corta singladura, Baby se dedicó a recorrer el pesquero, soportando con estoicismo el intenso frío, cada vez mayor, pues el viento iba aumentando su potencia, con lo que las olas iban tomando mayor altura.

Al parecer, todo estaba bien dispuesto, empezando por las pequeñas grúas, un par, que ahorrarían muchísimo trabajo cuando se tuviesen que cargar las secciones de la bomba. Indiferente a la curiosidad de todos aquellos hombres, la espía internacional se

aseguró de que todo estaba como debía estar para que las cosas pudieran realizarse. Se preocupó de la carga de combustibles, del perfecto funcionamiento de la brújula haciendo comparaciones entre su indicación del Norte magnético y la situación de la Estrella Polar, repasó las grúas y sus cuerdas, que habían sustituido a las ruidosas cadenas…

De pronto se dio cuenta de que los motores se habían parado y se acercó a Buchanan, que estaba junto a la borda, mirando hacia la costa.

—¿Qué ocurre?

—Estamos llegando —señaló él hacia la costa.

Con la última inercia de su marcha, dando fuertes bandazos, el pesquero fue llevado a una zona relativamente tranquila, entre un gran grupo de arrecifes. Allí, las aguas estaban casi calmadas, por el momento, pero ya comenzaban a alzarse.

—Si tardamos más del tiempo previsto, seremos lanzados contra las rocas —aseguró Buchanan.

—Todo saldrá bien, no se preocupe. Todavía no he intervenido en nada que haya fallado, Buchanan.

—Ojalá esta vez suceda lo mismo.

Hizo una seña a tres hombres que se habían colocado junto a ellos, y la pequeña barca de salvamento fue arriada por los tres hombres, que pasaron a ella y se alejaron hacia la cercana costa, remando vigorosamente.

Un minuto después, los tres regresaban, cada uno en una barca más grande que la que habían utilizado para llegar a la costa, y que, naturalmente, debían haber sido dejadas allí con tal fin. En las tres barcas, todos los hombres y la espía internacional se trasladaron a la costa… Por encima del rugir del viento y del chasquido continuo del agua se oía la voz de Buchanan:

—Cuidado… Hay muy poco fondo aquí, las rocas están casi a flor de agua… Una barca agujereada y todo se estropearía…

Pero no hubo el menor contratiempo. Las tres barcas llegaron a la rocosa costa y todos los hombres desembarcaron con rapidez. Los tres remeros se encargaron de sujetar las barcas a las rocas por medio de unas cuerdas… Todo estaba previsto.

Sin una sola indicación, en cuanto los tres remeros terminaron de amarrar las barcas, todos se pusieron en marcha hacia el interior

de la isla, hasta que Buchanan dio una voz, y todos se tiraron al suelo, haciéndolo Brigitte junto a Buchanan. En el reloj luminoso de éste pudo ver la hora, cuando él alzó el brazo.

—Todavía faltan cuatro minutos largos… —susurró Buchanan—. Por ahora, todo va bien.

Baby asintió con la cabeza y miró hacia delante. No se veía más que una gran mancha oscura bajo las estrellas. Era como si la negrura se fuese alejando hacia el infinito.

A la hora en punto, Buchanan se puso en pie, y todos le imitaron, echando a correr hacia donde, se suponía, estaba la granja; había que aprovechar el tiempo hasta el límite.

Y la granja, en efecto, estaba donde Buchanan había calculado, con toda exactitud. Llegaron jadeando ante las alambradas, y las rodearon, hasta el portón, asimismo de alambrada sostenida por fuertes tubos de hierro. Sin que mediase ninguna orden o indicación, dos de los hombres se acercaron, sacaron sus sierras para acero y las pusieron en marcha. El zumbido de los pequeños motores les dio a todos la impresión de que tenía que ser oído a cientos de millas de distancia, pero no era así. Ni siquiera debía poder oírse a cien yardas. Incluso menos, contando con el aullido del viento creciente.

El portón quedó abierto de par en par en menos de un minuto.

Buchanan, Baby y una docena de hombres corrieron hacia el gran cobertizo, mientras otros hombres iban a por los coches, desplegando las rejas metálicas que deberían ensamblar en menos de cinco minutos…

Buchanan fue el primero en entrar en el cobertizo, cuya cerradura no resistió ni siquiera diez segundos. Encendió una linterna, fue directo hacia uno de los grandes tiestos y lo apretó en un punto cerca de sus base… Todo el enorme tiesto giró hacia un lado, como una chapa metálica redonda pivotando sobre un punto de su circunferencia.

—Abajo… —exclamó Buchanan—. ¡Abajo todos, pronto!

La docena de hombres emprendió el rapidísimo descenso por el tramo de escalones metálicos y sus pisadas resonaron lúgubremente, como en unas catacumbas. Una luz se encendió en seguida en el subterráneo… No podía caber la menor duda de que el plan había sido meticulosamente preparado, cosa lógica, contando con la

ayuda y las informaciones del profesor Mc Phoster. Cada cual, bajo las indicaciones precisas de Buchanan, quien las había recibido de Mc Phoster, sabía lo que tenía que hacer, sin la menor vacilación. Era como si conociesen de siempre aquel subterráneo.

Lo primero que hizo Baby fue deslizarse hacia los dormitorios que había visto durante su visita anterior. Entró, encendió la luz y vio a los hombres, durmiendo en sus literas, apaciblemente. Bien: sin muertes.

Cuando volvió al centro del cobertizo, ni siquiera Buchanan estaba allí. Bajó ella también, sin inmutarse ante la grandiosidad y complejidad de aquel subterráneo, lleno de toda clase de aparatos, máquinas, moldes, paneles, cámaras de pruebas… En el suelo se veía a cinco o seis de los técnicos que, al parecer, habían sido sorprendidos por los gases administrados por Mc Phoster cuando se hallaban en pleno trabajo nocturno. Habían sido apartados, y los sujetos contratados se dedicaban ya a cargar con las secciones de la *World Bomb*. Unos manejaban las poleas para bajarlas, y otros, en compacto grupo, las esperaban abajo, para cargarlas sobre los hombros y transportarlas. Durante todo el día debían haber estado ensayando aquello…

—¡De prisa, de prisa…! —Urgía Buchanan.

Los hombres estaban sudando ya. Todos eran muy fuertes, pero las secciones de la *World Bomb*, cilíndricas, de más de tres pies de diámetro, no eran en absoluto fáciles de manejar, a pesar de sus agarraderas metálicas. Si en lugar de estar construidas con una aleación especial hubiesen sido de acero, no habrían podido con ellas de ninguna manera.

Baby vio la puerta, al fondo del subterráneo, y fue hacia allí. Estaba cerrada, pero sin llave… La abrió y oyó el ligero zumbido del renovador de aire. Encendió la luz y sonrió al ver las literas, ocupadas por los técnicos, que dormían como los de arriba, bajo los efectos del gas. Localizó en seguida a Mc Phoster, también en pijama, dormido como los demás. Pero, junto a él, se veía la improvisada mascarilla antigás que había estado utilizando. Y, entre sus brazos, un portafolios. Lo tomó, lo abrió y sacó todos los grandes folios de papel vegetal, que fue desplegando y examinando con expresión hostil. Era de esperar que Mc Phoster no se hubiese olvidado ni siquiera de un solo plano de la *World Bomb*, aunque

tan sólo fuesen bocetos, apuntes…

Lo volvió a guardar todo en el portafolios, y buscó a su compatriota Seymour Folkers entre los durmientes. Cuando lo encontró asintió con la cabeza y salió del dormitorio, llevándose el portafolios.

Buchanan acudió hacia ella, sudando.

—¿Son los planos? —señaló el portafolios.

—Sí. Voy a dar una vuelta por aquí, para asegurarme de que el radar no funciona, de que todo está a nuestra conveniencia.

—Perfecto. Deme los…

—Oh, yo misma me encargo de ellos, señor Buchanan.

Se alejó sin darle tiempo a replicar. Durante más de diez minutos, mientras aquellos veinte hombres trabajaban como auténticos forzados, sudando a chorros, la espía más astuta del mundo estuvo examinando los subterráneos, que le parecieron una instalación fabulosa…, como tenía que ser, ya que estaba patrocinada por Inglaterra y Estados Unidos. En un pequeño cuarto encontró todos los controles, con varios hombres dormidos ante ellos, o caídos en el suelo. La pantalla de radar estaba apagada, así como las pantallas de televisión. A un lado, una gran palanca, que debía poner en funcionamiento la electrificación de la alambrada, estaba bajada, desconectada…

Desde luego, no se podía poner reparos a la labor del profesor Mc Phoster. Todo perfecto, exacto, preciso. Ni el más pequeño fallo…

Cuando ya no quedó ningún hombre en el subterráneo, la espía lo abandonó también. Ella misma colocó el gran tiesto en su sitio, sonriendo al apretar el resorte. Salió del barracón. Afuera, los hombres estaban colocando las secciones sobre las rejas instaladas en los techos de los tres coches. Tenían que hacer dos viajes, y lo mismo con las barcas, pero todo estaba previsto. Todo matemáticamente previsto.

Los tres coches partieron con su pesada carga, y la mitad de los hombres echaron a correr, detrás. Seis minutos más tarde, los tres coches estaban de vuelta, y las dos secciones restantes y los mecanismos fueron cargados. Los coches volvieron hacia la costa y Buchanan eligió a seis de los hombres, señalando hacia el gran tiesto. Refunfuñó al verlo colocado en su sitio, y volvió a apartarlo.

Los seis hombres desaparecieron hacia el subterráneo, seguidos por Buchanan. Ni siquiera un minuto más tarde reaparecían, cada uno de ellos cargando sobre sus hombros a un técnico en armamento. Salieron del cobertizo y se dirigieron hacia la costa con sus cautivos, entre los cuales Brigitte identificó a Seymour Folkers.

—¡Vámonos! —le gritó Buchanan.

Echaron a correr en pos de los últimos hombres, que, cargados con los técnicos, tuvieron que resignarse a su pesada marcha. Sin embargo, no tardaron ni siquiera un minuto en llegar a la costa. Allí los coches habían sido ya descargados, y las barcas recibían el peso de las secciones de la bomba. Las tres secciones anteriores ya habían sido cargadas y las últimas lo estarían muy pronto…

—¡Vuelvan todos a tierra! —Alzó la voz Baby—. ¡Se les va a pagar ahora mismo!

La perspectiva era tan estupenda que los agotados hombres sacaron fuerzas de flaqueza y aceleraron todo el trabajo. Mientras tanto, Brigitte había recurrido a su radio de bolsillo.

—¿Clark?

—Sí.

—Puedes venir ya con el dinero. ¿Cuánto tardarás?

—Menos de un minuto. Según tus instrucciones, me he acercado ya ahí.

—Te esperamos.

Cerró la radio y miró a Buchanan, cuya frente estaba cubierta de sudor. Le sonrió animosamente.

—Tranquilícese ya, Buchanan: todo ha salido a la perfección.

—Sí… Así parece… ¡Santo Dios, lo hemos conseguido…!

—Todavía no está hundida la bomba, amigo mío.

—Pero lo estará… No olvide que debe navegar sin luces…

—Cálmese… —rió la divina espía—. Puedo navegar de noche sin más ayuda que las estrellas. No se preocupe por nada.

—No sé… Debería ir yo con usted… Y Thelma también. No sé si es prudente dejarla sola, Baby.

—Le aseguro que las he pasado mayores; gobernar un pesquero no tiene importancia. Y hundirlo, menos. Nadie podrá impedirme llegar al lugar elegido. Bien… Parece que ya están terminando.

Pero antes de que terminasen de cargar lo último, llegó Clark Coleman, a pie, portando un gran saco de lona, que depositó a los

pies de Baby, sin pronunciar palabra. Ella asintió con la cabeza, complacida.

—Puedes marcharte ya, Clark Nos veremos dentro de una semana, en París. Ya sabes dónde.

—Está bien.

—¿No le paga a él? —se extrañó Buchanan.

—Clark siempre tiene todo el dinero que necesita, señor Buchanan. Todos los que trabajan para mí viven como… como reyes. ¿No es cierto, Clark?

—Sí —gruñó Número Uno—. Adiós.

—Adiós.

Cuando el trabajo estuvo terminado, Número Uno ya debía hallarse lejos de allí.

Y los hombres que lo habían realizado se colocaron, en semicírculo, delante de la espía, en silencio… Menos uno, que preguntó:

—¿No debíamos ir nosotros en el pesquero, para…?

—Ha habido una ligera variación de planes que no creo les moleste. Van a cobrar, volverán discretamente a sus alojamientos en Lerwick, se dedicarán a dormir y, mañana, o cuando sea posible, según las disposiciones que se tomarán sobre esta isla por parte del Gobierno británico, podrán marcharse. ¿Alguno no está conforme?

—Si me da noventa y cinco mil dólares… —intervino otro—, por mí no puede estar mejor.

—Magnífico. Pero todos ustedes deben tener presente una cosa: lo que han hecho esta noche es sólo… un sueño. No lo han hecho realmente, lo olvidarán…, como se olvidan los sueños. ¿Está bien claro?

—Clarísimo —dijo otro, adelantándose y tendiendo su mano derecha, con la palma hacia arriba—. Tenemos tanto interés como ustedes en olvidarlo todo.

—*All right* —sonrió Baby.

Se inclinó, abrió el saco de lona y de él sacó un fajo de billetes, que tendió al hombre.

—Noventa y cinco mil dólares… —dijo—. El siguiente.

—Esto son libras esterlinas —dijo el hombre.

—¿Y cuál es la diferencia si el equivalente es de noventa y cinco mil dólares?

—Pues… ninguna.

—Eso mismo pensaba yo. El siguiente.

En pocos segundos, todos los fajos fueron repartidos, y los aventureros se fueron alejando, en pequeños grupos que, más adelante, se disolverían completamente, para que cada cual llegase a su alojamiento en Lerwick a solas, y volviese a su cama…, donde, a todos los efectos, habrían permanecido aquella noche en todo momento.

—¿Quiere usted un fajo de éstos, Buchanan? —sonrió Baby.

—No… Yo me considero pagado con haber conseguido esto… Más que pagado.

—Entonces, adiós. No me parece que sea momento para conversaciones.

—No… ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—Clark lo pidió a un amigo de Londres. Un amigo de la CIA.

—¿De la CIA? —Respingó Buchanan—. ¡Pero…!

—Tranquilícese, hombre… —refunfuñó Brigitte—. Clark pudo convencer a cierto caballero de que iba en mi nombre, reunieron el dinero y, a todos los efectos, Clark me lo ha llevado a París, se supone que para hacer frente a cierta compra de documentos a un espía ruso. Luego yo devolveré ese dinero, diré que el ruso no se presentó y nadie podrá relacionarme con esto.

—Pero entonces…, usted tendrá que poner de su bolsillo dos millones de dólares que acaba de pagar a esos hombres…

—Querido amigo: en mi azarosa vida de espía, he… escamoteado a la CIA, en diferentes misiones, más de cincuenta millones de dólares. ¿No cree que dos millones por destruir un engendro como la *World Bomb* es una inversión maravillosa?

—Por Dios bendito… ¡Usted sí que es maravillosa!

—Gracias —rió la espía.

Estrechó la mano a Buchanan, cargó con el saco de lona que contenía algo que parecía bastante pesado y salió a la pequeña barca, con la cual llegó junto al pesquero. Las aguas estaban ya francamente peligrosas incluso en aquella pequeña cala rocosa, pero Baby no parecía encontrar difícil nada. Subió a bordo, sonrió al ver que Buchanan ya no estaba en la orilla y fue hacia los mandos.

Poco después salía a mar abierto, donde el pesquero comenzó a ser sacudido, alzado y bandeado como si, en verdad, fuese un

barquito de papel en una bañera de aguas removidas…

Así que… oremos por Baby.

Capítulo IX

Y el más indicado para orar por los vivos, incluyendo, por supuesto, a Baby, era John Charles Buchanan.

Sólo que, por el momento, John Charles Buchanan no parecía estar ocupado en tan piadosos sentimientos.

Al llegar a Lerwick se había dirigido a la *Sun Inn*, y, de lejos, escondido en un portal, estuvo mirando hacia la posada, en la cual sólo se veía la luz del vestíbulo.

—Debería acercarme a ver por qué Thelma no la ha matado, pero no nos conviene ni a ella ni a mí… —Recapacitó—. Sería sorprendente que me viesen a estas horas en la posada, cuando a todos los efectos, me retiré a descansar cuando me despedí de los técnicos de la granja… ¿Y por teléfono…?

También desechó aquella idea. Y por fin llegó a la conclusión de que él y Thelma habían sido demasiado prudentes al no haber efectuado sus contactos por medio de una radio de bolsillo. Pero, en verdad, un pequeño descuido de esa clase y todo se habría venido abajo… ¡El trabajo de dos años podía quedar en nada si alguno de los dos cometía el más pequeño descuido! De modo que… bien estaban las cosas así.

Se alejó del portal, hacia su vivienda en la iglesia en Checwind Square.

Sí… Lo mejor era llamar por la emisora, para informar que todo seguía su curso, y luego esperaría a que fuese más tarde, o a que la alarma cundiese en Lerwick cuando los aviones de la R. A. F. pasasen por allí, y aprovechar la ocasión para comunicarse con Thelma. Eso era lo mejor, decididamente.

Consultó el reloj y sonrió. La alarma cundiría en la base de la R. A. F. en Escocia cuando, dentro de doce minutos, no se recibiese el parte de «sin novedad» del radarista-radio de la granja. Posiblemente, primero no sería alarma, sino sorpresa. Luego,

desconcierto. Después, inquietud, preocupación… Se harían cábalas, se efectuarían consultas… La alarma auténtica todavía tardaría no menos de veinte o treinta minutos, en total. Y casi diez más habrían transcurrido antes de que los cazas británicos apareciesen zumbando rabiosamente…

Había tiempo de todo.

Llegó a la iglesia, la rodeó y entró en su vivienda, cerrando tras él, con llave. Un minuto después estaba sentado ante la pequeña y potente emisora camuflada en el armario de su dormitorio.

La comunicación fue conseguida con gran facilidad.

—Igor Savinov llamando a pesquero *Tundra*… —se expresó en ruso—. Atención, pesquero *Tundra*: llama Savinov en onda ultracorta, especial para el contacto llamado «W. B.». Espero.

Unos segundos de espera, durante los cuales se oyeron chirridos, silbidos…

—Adelante, camarada Savinov —de pronto una voz, en ruso.

—Misión cumplida. El pesquero ha zarpado hacia la cuenca de Noruega. Navega con todas las luces apagadas, así que llegará sin novedad allí. Se ha calculado el tiempo de modo que no parece que vayan a surgir dificultades al respecto. En el pesquero, está la «W. B.», por secciones, y todo su mecanismo interior… Todo. También van los técnicos británicos y americanos. Y Baby. ¿Entendido?

Hubo unos segundos de espera, pese a que ahora la comunicación no podía ser más clara.

Por fin, de nuevo aquella voz, en ruso:

—Por favor, camarada Savinov, repite tus últimas frases: no las hemos entendido bien.

—He dicho que todas las secciones y la carga de la «W. B.» van en el pesquero, así como los técnicos británicos y norteamericanos. Y también la agente Baby. ¿Entendido ahora?

—¿La agente de la CIA?

—Así es.

—Camarada Savinov —se oyó de pronto una voz más bronca, un tanto crispada—: ¿Has dejado ese pesquero con tal cargamento en manos de la agente Baby de la CIA?

—Sí.

—¿Estás loco? —Sonó más fuerte y áspera aquella voz—. ¡Esa

mujer…!

—Camarada comisario —sonrió Igor Savinov—, sé lo que he hecho… Y además, no podía hacer otra cosa. Esa mujer es sorprendente, y estoy seguro de que ha tenido en cuenta una posible acción mía contra ella. He podido matarla, pero no ha convenido así: prefiero que ella vaya confiada hacia la cuenca de Noruega, para hundir la «W. B.». Naturalmente, vosotros saldréis antes a su encuentro, y os apoderaréis de todo…, incluida ella misma. Conocéis la ruta del pesquero *Thor* hacia la fosa noruega, así que sólo tenéis que salir a su encuentro antes del amanecer. Ella no tendrá tiempo de nada. Yo saldré de aquí en cuanto me sea posible. Nos veremos en Moscú. Y espero que nadie olvide que he sido yo, Igor Savinov, quien habrá facilitado la captura de Baby. ¿Estamos de acuerdo?

—Savinov, todos conocemos bien cómo opera esa mujer… Lo primero que hará será destruir los planos de la «W. B.». En cuanto a eso de capturarla por fin, lo dudo.

—Camarada comisario: la destrucción de esos planos no tiene la menor importancia, ya que, en primer lugar, podréis haceros con toda la «W. B.» en su versión prototipo, y, en segundo lugar, porque yo tengo microfotografiados todos esos planos… —Savinov contempló sonriendo la pequeña cápsula, entre sus dedos índice y pulgar—. La operación podía haber terminado aquí si no hubiésemos mejorado el plan con la consecución de la mismísima «W. B.» y llevarnos también a los técnicos que la terminarán en Rusia. Respecto a Baby, ella está sola en el pesquero: no me digas que no podréis capturar a una mujer sola… o matarla.

—¿Va sola? ¿No tenían que ir con ella los hombres que han trabajado en esto?

—Esos hombres, puesto que no eran de los nuestros, sino vulgares aventureros de varias nacionalidades reclutadas con el fin de que si algo fallaba no se mencionase a Rusia, han salvado su vida gracias a Baby. No creo que ella haya adivinado que de no haberlos despedido, todos habrían sido eliminados en el mar. Pero así han ido las cosas, y todo está bien.

—Esperemos que sea cierto. ¿Cómo ha sido la intervención de esa mujer?

—Uno de los hombres que contratamos es amigo suyo. Pero si

estáis pensando en que vendrá a buscarme cuando ella no se reúna con él en París, pensad que para entonces yo ya estaré en Moscú. En cuanto a la propia Baby, me parece que ni mucho menos es tan lista como siempre hemos creído. La hemos engañado completamente, se lo ha creído todo… Y nosotros hemos seguido su… humanitario juego. A ser posible, no la matéis: quisiera verla viva en Moscú. Y esto es todo. Tengo que desmantelar la emisora, esconderla y hacer alguna pequeña cosa más. Nos veremos en Moscú. ¿Alguna indicación?

Tras un breve silencio, la voz bronca del otro ruso:

—Sólo una, Camarada Savinov: déjalo todo y escapa ahora mismo… o jamás regresarás a Rusia. No con vida, al menos.

—Entonces, orad por mí… —rió Savinov-Buchanan—. O, como ella decía, oremos por los vivos. Los muertos, que se los lleve el diablo. Es todo.

Cortó la comunicación y se quedó mirando, sonriente, la cápsula que contenía el microfilme con todos los planos de la «W. B.». De pronto, lanzó una carcajada, se puso en pie y se volvió…

Su risa quedó truncada, congelada. Su rostro quedó lívido, como el de un muerto.

—Coleman —jadeó.

Número Uno, apoyado con un hombro en el marco de la puerta, lo miraba inexpresivamente. Más que nunca, su bronceado rostro parecía de piedra. Sus negros ojos, sus enérgicas facciones, no expresaban nada. Incluso se podía dudar de que una auténtica piedra hubiese resultado más inexpresiva.

Igor Savinov tragó saliva y alzó una mano en gesto temeroso, hacia el mejor espía masculino de todos los tiempos.

—Escuche, Col…

Plop.

Plop.

Plop.

La primera bala dio en el pecho de Savinov y lo tiró hacia atrás, casi metiéndolo dentro del armario donde estaba la emisora; pero no se quedó allí, sino que rebotó, y cayó hacia delante, de rodillas… La segunda bala le acertó entonces, también en el corazón, y lo tiró hacia atrás, sobre sus piernas dobladas, para caer de lado. La tercera bala, «de gracia», se hundió en el centro de su frente.

No se podía estar más muerto.

Número Uno permaneció todavía inmóvil unos segundos, contemplando a Igor Savinov. Luego, siempre inexpresivo, recogió la cápsula con las microfotos, se la guardó y salió de allí, con la misma indiferencia que si hubiese estado en aquel cuarto sólo para tomar un pañuelo limpio.

Cinco minutos más tarde llegaba, corriendo, junto al helicóptero que había dejado en la costa, entre unas rocas. Jadeando apenas, subió al aparato, lo puso en marcha y emprendió el vuelo… hacia el mar.

Capítulo X

La primera sensación del profesor Mc Phoster al despertar fue de intenso frío.

La segunda, de sobresalto. Un sobresalto tal que le obligó a sentarse de un salto. Entonces se dio cuenta de que estaba en un lecho, cubierto apenas por una sucia y pestilente manta… y en pijama.

Luego vio al hombre y, por último, a la mujer. Al hombre no lo conocía. Era un sujeto torvo, barbudo, de espesas cejas, que, sentado en una silla, lo contemplaba fijamente.

A la mujer sí la conocía, y bajo dos aspectos. El de ahora le gustaba más, estéticamente considerado: una preciosa rubia que, atada de pies y manos, estaba sentada en el suelo, tiritando de frío, mirándole con clarísimo odio.

Mc Phoster parpadeó y volvió a mirar al hombre.

—¿Dónde estamos?

—En una cabaña, cerca de la costa de Noruega —replicó el hombre en deficiente inglés.

Mc Phoster volvió a parpadear de pronto sonrió y se sentó en el borde de la cama, pies colgando.

—¡Entonces, todo ha terminado, todo ha salido bien…!

—Sí. Pronto vendrán a recogernos con un helicóptero.

—¿Tienen la *World Bomb*?

—Desde luego.

—¡Magnífico…! ¡Supongo que no tuvieron dificultades!

—Ninguna especial. Abordamos el pesquero *Thor* cuando ella —señaló a la rubia— había trabado el timón, y estaba en el sollado, colocando una carga de plástico para hundir el pesquero. No tuvo tiempo de nada.

Mc Phoster dirigió una maligna e irónica mirada a Baby y volvió

a reír, frotándose las manos.

—¡Bien!… Entonces, la *World Bomb* está ya rumbo a Rusia, en uno de sus pesqueros.

—Así es.

—¿También los planos?

—También. Ella los había sacado de un portafolios, y los había colocado junto a la carga de plástico, para que se destruyesen con la explosión, pero pudimos recuperarlos. De todos modos, los planos eran lo menos importante, ya que usted le había entregado una colección completa de microfotos al camarada Savinov.

—¿Cómo sabe usted eso? —Se sobresaltó Mc Phoster.

—Es muy sencillo: el camarada Savinov llamó a nuestro pesquero *Tundra* y dijo que tenía esas microfotos. Es fácil comprender que él no podía entrar de ninguna manera en Chapman Bay Base, y que nadie podía sacar los planos de allí, de modo que sólo usted pudo entregarle esas microfotos a Savinov. ¿O no lo hizo?

—Claro que sí… ¡Yo lo he hecho todo!

—¿Todo? —Gruñó hoscamente el ruso barbudo—. Los demás también hemos trabajado, profesor.

—Oh, sí… Pero nada importante, comparado con lo mío. Todo ha sido mi obra, en realidad, desde el mismo momento en que Savinov, en Londres, efectuó su primer contacto conmigo para estudiar la posibilidad de comprarme.

—Es de suponer que Savinov habrá hecho algo, ¿no?

—Sí, por supuesto. Pero sin mí, jamás habrían conseguido ustedes la *World Bomb* completa. Han sido más de dos años de labor, de engañarlos a todos, de utilizar dinero y material inglés y americano… y hombres de los dos países. No podía vender la información a Savinov hasta tenerla completa, pero, para entonces, cuando ya podía simplemente venderle las microfotos de los planos, cuando ya la bomba estaba terminada, calculé que podríamos incluso llevárnosla…

—Debo admitir que ha sido un magnífico trabajo el suyo, profesor. Pero también el pago tiene que haber sido magnífico… Aunque en Rusia, con tanto dinero, no sabrá usted qué hacer.

—Por el momento, seguiré trabajando, hasta terminar la bomba… —rió Mc Phoster—. Luego, ya veremos. ¿Y los demás?

—Han sido trasladados al *Tundra* y seguirán viaje en él hasta un puerto del Norte. Los verá en Moscú… ¿O pensaba matarlos, como a los hombres que Savinov fue contratando?

—No, no… Habrían sido unas vidas desperdiciadas: pueden trabajar conmigo en Rusia.

—Quizá se nieguen.

—Entonces, supongo que habrá que matarlos. Bien… Supongo que sabe usted quién es esta mujer.

—Desde luego.

—Savinov me dijo que ofrecían por ella quince millones de rublos… ¿Es cierto?

—Absolutamente cierto.

—¿Y por qué tanto dinero?

—Porque es la espía más molesta con que jamás ha tropezado la MVD.

Mc Phoster sonrió, irónico.

—¿De veras? Bueno, en esta ocasión no ha sido demasiado lista… ni molesta, sin embargo. Por lo que Savinov me contó, temí que fuese una especie de… extraño monstruo invencible. Supongo que la matarán.

—Un día u otro la matarán, desde luego… —asintió el ruso—. Es lo lógico en quien vive como ella.

Mc Phoster frunció el ceño, pero en seguida asintió. Su mirada quedó fija en la rubia durante unos segundas. Luego volvió a mirar al ruso.

—Es formidable la facilidad que tiene esta mujer para cambiar de aspecto… —murmuró—. Todavía no sé qué pensar de ella: ¿es joven y rubia, o una vieja excéntrica?

—Ni una cosa ni otra… —dijo el ruso; se puso en pie, dejando estupefacto a Mc Phoster por su estatura, y se acercó a la prisionera —. Veo esto.

El ruso quitó la peluca a Baby y los negros cabellos se soltaron hacia la espalda y hombros. Luego, con gran cuidado, le quitó con la yema de un dedo las microlentillas de color verde y, finalmente, a un seco gesto suyo la rubia empujó con su lengüecita sonrosada las dos almohadillas de plástico esponjoso.

Mc Phoster estaba estupefacto.

—Extraordinario… —pudo murmurar por fin—. ¡Asombroso!

Espero que su aspecto actual sea ya el definitivo.

—Lo es… —dijo ella—. Así soy siempre, profesor. Mi nombre es Brigitte Montfort, vivo en Nueva York y trabajo de periodista y de espía. Ya conoce mi nombre de… guerra: Baby. Y sabe también, porque yo lo advertí seriamente, que las consecuencias de su traición van a serle fatales. Es usted… triplemente canalla: inventa una bomba odiosa, engaña a sus amigos y se pasa a los rusos con esa bomba. Pero, aunque se hubiese pasado con ella a los americanos, mi sentencia sería la misma, ahora que ya no tengo ninguna duda sobre usted.

—¿Su sentencia? —se burló Mc Phoster.

—Mi sentencia de muerte: mátalo ya, Uno.

Mc Phoster no comprendió. Y, en realidad, tuvo muy poco tiempo para comprender lo que ocurría allí. Se volvió a mirar al ruso y sus ojos se desorbitaron al ver la imponente automática con silenciador en la bronceada mano. Abrió la boca en un gesto de incredulidad, de espanto…

Plop.

Plop.

Luego, Uno desató a Brigitte, que se puso en pie, miró fijamente a Mc Phoster y dijo:

—Dos a uno.

—¿Qué?

—Dos a uno a tu favor: Savinov y Mc Phoster. Yo sólo he matado a Thelma.

Número Uno encogió los hombros. Se guardó la pistola, se despegó la barba y las espesas cejas y lo guardó todo en un bolsillo, de cualquier manera.

—Las cosas se van a poner pronto muy difíciles en estas islas… —dijo—. Creo que lo mejor será que nos vayamos cuanto antes.

—¿Crees que el pesquero estará bien hondo, mi amor?

—Con la carga de plástico que te llevé había para hundir un acorazado.

—Sí… —sonrió la divinísima espía—. Fue una lástima no poder llegar a la cuenca Noruega, pero casi una milla de profundidad me parece suficiente. ¿Sabes una cosa?: estoy pensando que esa bomba podía habérmela quedado yo, para chantajear a todos los gobiernos del mundo. Quiero decir que al que no se hubiese portado bien,

pues…, ¡pum!, le habría tirado esa bomba.

—Sería lo mismo que si te la tirases en tu propia cabeza.

—Exactamente. Uno, ¿te das cuenta? ¿Verdad que están todos locos?

—¿Ellos sólo? Y nosotros también, por no marcharnos de aquí ahora mismo.

—Creo que no descuidamos nada —sonrió ella—. Vamos a ver: los técnicos en una balsa, en una cala protegida de los vientos cerca de Lerwick, la *World Bomb* y los planos hechos cisco y en el fondo del mar, los rusos con mil palmos de narices, los ingleses y los americanos con cien mil palmos de narices, muertos los tres canallas de este cuento… Creo que se puede decir ya eso de «y colorín, colorado, este cuento ha terminado…».

—El final me parecía mejor en otro escenario.

—¿Qué escenario? —se sorprendió ella.

—Villa Tartaruga.

Brigitte Montfort se quedó mirando fijamente a Número Uno. De pronto se tomó de su brazo y ambos salieron de la cabaña, al frío viento de la noche. Habían mentido a Mc Phoster respecto a la ubicación de la cabaña, de modo que no estaban en Noruega, sino en las Islas Shetland, por lo que, ciertamente, lo mejor era largarse de allí a toda velocidad.

Y ya ambos en el helicóptero, a los mandos Número Uno, éste miró a Baby.

—¿Y bien? —susurró—. ¿A dónde?

Ella le besó en los labios, luego en la barbilla, de nuevo en los labios…

—Adonde tú quieras, mi amor…

Este es el final

Brigitte Montfort estaba muy disgustada.

—¡Qué barbaridad! —dijo—. ¡Y yo sin enterarme de nada, tío Charlie!

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, y, por tanto, jefe directísimo de la agente Baby, contemplaba a ésta con expresión ceñuda y astuta.

—¿No se ha enterado de nada? —masculló.

—Bueno, de lo que usted acaba de contarme… Aunque hay cosas que no he comprendido muy bien, la verdad.

—¿Qué cosas?

—Vamos a ver… Dice usted que encontraron a esos técnicos en una balsa y que…

—Estoy seguro de que usted lo ha entendido todo a la perfección… —Gruñó ahora Pitzer—. No veo que tengamos que repetir la conversación.

—Vaya… Ya toma usted su postura antipática. Me gustaría saber por qué. ¿Tiene algo contra mí, acaso? Yo no soy adivina, tío Charlie, y creo que tengo tanto derecho como cualquiera a pasar unos días con personas de mi… agrado. ¿Va a culparme porque mientras yo descanso ocurren cosas en el mundo? Además, en definitiva, ¿qué es lo que han robado? Porque eso aún no he conseguido entenderlo.

—Pues… parece que robaron algo que estábamos construyendo en colaboración los británicos y nosotros en esas islas.

—Bueno, pero… ¿qué cosa?

—No lo sé.

—¿Y quiénes lo robaron? ¿Los rusos?

—No se sabe. Es más, ya que el único barco ruso de superficie fue visto cerca del amanecer rondando la cuenca de Noruega, sin intenciones de alejarse, fue desdeñado en seguida por la R. A. F. Así

que el MI5 y la CIA, que trabajan juntos en esto, están pensando que se utilizó un barco pesquero… que se ha hundido en el mar.

—Bueno… Podría ser. Pero, ¿con qué se ha hundido? ¿Con qué carga?

—No lo sé. Es un *most secret*. Yo… pensaba que usted lo sabría.

—¿Yo? —saltó Brigitte en el sillón—. ¿Has oído eso, Peggy?

—Sí, señorita —sonrió la doncella de la espía.

—¿Y qué opinas?

—Pu-pues yo… Bueno, señorita, yo sólo sé que usted salió hace días para… reunirse con… con…

—Con Número Uno. Puedes decirlo ya, puesto que tío Charlie y toda la CIA sabe que él está vivo. Y sepa, tío Charlie —lo amenazó con un dedo—, que he pasado una semana estupenda, tranquila y feliz sin oír hablar de espionaje. Porque, sépalo usted, Uno y yo no hablamos de espionaje cuando estamos solos, y…

—En definitiva… —cortó Pitzer hoscamente—, que usted no quiere ir a las Islas Shetland.

—Pero ¿para qué, querido? ¿Qué hago yo allí, si ni siquiera me dicen lo que tengo que buscar? Si tan secreto es ese asunto, que lo resuelvan los que lo conocen. Yo, ni idea. Y, además, ya sabe usted que la CIA y el MI5 están removiendo todo aquello…, y a mí me gusta trabajar sólita, no en bandada.

—Lo sé muy bien. También sé que suele utilizar, en ocasiones, el nombre de Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Cierto… —Hubo un parpadeo en los bellísimos ojos de la espía más fascinante del mundo—. Sí, cierto. ¿Por qué dice eso?

—La CIA y el MI5 han encontrado el nombre de esa dama en una posada llamada *Sun*, en Lerwick. Y en el cuarto que ocupaba esa dama encontraron muerta a una mujer, la dueña de la fonda… De un solo golpe en una sien. Están husmeándolo todo… Y uno de los informes señala la presencia en esa posada de un sujeto verdaderamente notable… Para resumir, le diré que su descripción, que destaca entre las de otros, puede encajar muy bien en Número Uno.

—¡Tío Charlie! —se indignó Brigitte Montfort—. ¡Usted nos está insultando a Número Uno y a mí! ¡Vamos…! ¿Cómo se le puede ocurrir que puede haber dos personas iguales a él y a mí? ¡Eso es una grosería!

—Pues así están las cosas —refunfuñó Pitzer.

—Estoy a punto de no invitarle a «Perignon» con guindas, ¿se entera? Me está fastidiando esta hermosa mañana de primavera…

—Mucho más notable si la comparamos con el clima de las Islas Shetland —terminó Pitzer.

—Sí… —Recapacitó la espía—. Sí, tengo entendido que allá no suelen tener mucho sol. Francamente, ¿me oye usted?, ése es uno de los lugares de la Tierra que yo jamás visitaría… Aunque, claro, si ahora resulta que hay una auténtica *madame la Duchesse* de Montpelier, ella es muy libre de hacerlo. ¿Champaña, tío Charlie?

—Lo que usted diga, hijita… —Se resignó Pitzer—. Lo que usted diga. ¡No faltaría más!

—Es usted un encanto —guiñó un ojo Baby.

FIN

Notas

[1] Véase *Proyectil Caribe*. < <